

Ramón Lae y Vivanco y Ernesto Nieto

EL MARQUÉS DE PRIOLA

COMEDIA FRANCESA EN TRES ACTOS

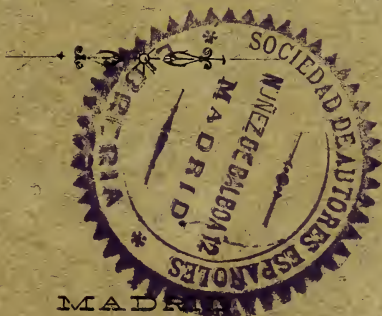
ESCRITA POR

MR. HENRY LAVEDAN

DE LA ACADEMIA FRANCESA

traducida y arreglada á la escena española

CON PERMISO DEL AUTOR



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1903

EL MARQUÉS DE PRIOLA

COMEDIA FRANCESA EN TRES ACTOS

— ESCRITA POR

MR. HENRY LAVEDAN

DE LA ACADEMIA FRANCESA

traducida y arreglada á la escena española

— POR

Ramón Lac y Vivanco y Ernesto Nieto

CON PERMISO DEL AUTOR

Estrenada con gran éxito el día 12 de Septiembre de 1903
en el **TEATRO ARRIAGA**, de Bilbao, por la compañía de
Francisco Fuentes-Juan Balaguer



MADRID

A. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1903

AL NOTABLE ACTOR

D. Juan Balaguer

Sus amigos y admiradores,

Ramón Lac y Vivanco

Ernesto Nieto

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

SEÑORA DE VALLEROY.....	SRTA. ARÉVALO.
SEÑORA DE SAVIÈRES.....	SRA. MONREAL.
SEÑORA DE LE CHESNE.....	SRTA. ABAD (C.)
UNA DONCELLA.....	SRA. ABAD (J.)
EL MARQUÉS DE PRIOLA...	SR. FUENTES.
PEDRO MORAIN.....	CALVO (Ricardo).
BRABAÇON.....	COLOM (J.)
EL DOCTOR SAVIÈRES.....	CEBRO.
LE CHESNE	ALTARRIBA.
CABALLERO 1.º.....	CALVO (Rafael).
IDEM 2.º.....	FAUSTE.
UN LACAYO.....	ARÉVALO.



ACTO PRIMERO

La escena representa un baile en la Embajada de Italia.—Saloncito contiguo al bufete, en el fondo salón de baile donde habrá muchos invitados con uniformes militares y trages de baile.

ESCENA PRIMERA

Dos CABALLEROS, el MARQUÉS DE PRIOLA y PEDRO MORAIN

- CAB 1.º Decidme quién es ese caballero que está sentado al lado de ese joven.
- CAB 2.º El Marqués de Priola.
- CAB 1.º ¿El don Juan Tenorio de ahora?
- CAB 2.º El mismo.
- CAB 1.º He oído hablar mucho de él, pero no lo conocía; no me es simpático.
- CAB 2.º Ese hombre no le gusta más que á las mujeres.
- CAB 1.º ¿De dónde es?
- CAB 2.º Es hijo de un padre italiano y de una madre inglesa.
- CAB 1.º ¿Entonces no es francés?
- CAB 2.º Sí, porque se ha naturalizado.
- CAB 1.º ¡Ah, sí! ¿eh? ¿Y ese joven que le acompaña, quién es?
- CAB 2.º Su protegido; tiene un nombre muy vulgar, se llama Pedro Morain.
- CAB 1.º No he oído nunca ese nombre, pero si queréis, volvamos al salón.

- MAR. ¿Estás contento?
MOR. No sé, parece que estoy soñando!
MAR. Pues no sueñas, que estás bien despierto. Estamos en el baile de la embajada de Italia, hoy doce de Diciembre, día memorable para tí, en que has conocido á la embajadora Princesa de Cortonia.
- MOR. Sí, ya veo que. . . pero...
MAR. Comprendo que te asombres al ver tu suerte tan próspera desde hace algunos años.
- MOR. Ya lo veo, pero vos...
MAR. Bueno, supongamos que yo te he ayudado.
MOR. Os lo debo todo.
MAR. Todo, no. A mí no me debes la vida, eso sería una ofensa para tu madre.
- MOR. Menos la vida, todo os lo debo. Cuando niño, me recogisteis allí en Saint-Aulain; me habéis...
- MAR. Basta, no prosigas.
MOR. ¿Por qué?
MAR. Porque te se olvidarían muchas cosas; demasiado sé lo que he hecho por tí. ¿Y sabes tú por qué razones lo he hecho?
- MOR. Sí que las sé.
MAR. Vamos á ver, dimelas.
MOR. Porque soy el único hijo de vuestro guardabosque, un antiguo soldado.
- MAR. Buena persona. Murió de un modo desastroso, víctima de su imprudencia; jugando con el gatillo de un revólver, se le escapó el tiro y. . .
- MOR. Muerto mi padre, mi madre y yo continuamos siendo vuestros servidores; mi pobre madre murió también al poco tiempo de pena y de dolor, y entonces me quedé solo en el mundo, huérfano, y no tenía más que diez años. Vos...
- MAR. Calla, sé lo que vas á decir; tuve piedad de tí y te protegí.
- MOR. Sí señor.
MAR. Pues no señor. No fué eso, si no que te ví tan hermoso, con tus rizos rubios como el oro, con un aspecto tan triste que te daba tu blusita negra, que pensé en el porvenir

que te esperaba; primero el Hospicio, luego el taller, el trabajo manual que embrutece y entorpece los sentidos, luego miseria y amarguras: ¡qué porvenir tan horrible te esperaba!

MOR. ¿Y qué otro porvenir queríais que me esperase sin vuestra protección?

MAR. Te lo digo y repito, eras un niño precioso y me dije: ¡he aquí una criatura que quiero hacerla feliz!

MOR. Y lo habéis conseguido.

MAR. Me alegro, pero te aseguro que al principio tuve que luchar con el filantrópico y rígido Le Chesne.

MOR. ¿Cómo? ¿El qué?...

MAR. Sí, hombre. El que se ha casado con mi mujer cuando ésta se divorció conmigo. El quería llevarte consigo y hacer tu felicidad. Hubiera sido tu desgracia. Yo me opuse á ello y gané la partida. Yo soñaba para tí lo que no he podido realizar para mí, sino á medias. Un áspero y fin voluptuoso, rico, elegante, lleno de indiferencia para los hombres y desprecio para las ideas, sin escrúpulos, sin fe, y te quería también con un corazón ligero y una conciencia elástica. Por eso te mandé á educar en el extranjero, á que respirases otro ambiente que el de Francia; aquí te hubieses entristecido. Has sido un colegial sin patria, sin hogar, y gracias á mí tienes educación primorosa é internacional. Dos años has estado en Alemania, dos en Italia y tres en Inglaterra, y no hace más que pocos días has vuelto á tu patria á cumplir tus diez y nueve años que celebramos hoy. Pues, bien, no es para alabarme, pero, ¿qué quieres que te diga? estoy contento de mi obra. Ya te he abierto el camino, síguelo. Abre bien los ojos, cierra el corazón, sigue, en fin, tus caprichos en todas las cosas. En fin, chico, el gran negocio. Océpate de las mujeres, no tengas más que una idea: engañarlas.

MOR. Con la condición que ellas me engañen antes.

- MAR. Poco importa. Engañalas tú siempre por gusto, por capricho, es una costumbre que se toma; no creas en ellas y ellas creerán en tí; no te dejes dominar, guárdate bien de tomarlas cariño, porque entonces eres hombre perdido. Las que se dicen buenas, son las peores, la virtud no es más que una careta, y sobre todo, no te cases nunca.
- MOR. ¿Y entonces, por qué os casásteis?
- MAR. Para divorciarme y probar de todos los estados.
- MOR. Sin embargo, el hogar, la familia, tiene sus encantos.
- MAR. Tonterías; quédate soltero.
- MOR. Hombre, siempre solo...
- MAR. No, siempre solo, no; se tienen enemigos, queridas, criados, toda la humanidad, ¿qué deseas más? Desde luego nunca estarás solo, pues siempre me tendrás á mí.
- MOR. Ciertamente.
- MAR. ¡Bastante tiempo hemos estado separados! Desde hoy quiero que seamos compañeros.
- MOR. ¿Lo decís de veras, señor?
- MAR. Nada de señor, llámame tu amigo, así, Juan; y tutéame.
- MOR. No me atreveré nunca.
- MAR. No seas majadero, á todo se atreve uno. Oye, dime, ¿te gustan las habitaciones que te he mandado amueblar en mi hotel?
- MOR. ¿No me han de gustar? muchísimo.
- MAR. ¡Estás en tu casa! Fuera de la renta que te paso, mi bolsa es la tuya, cuando necesites algo, pides, mandas, todo lo que tengo es tuyo, hasta mis queridas si las quieres. (Gesto de disgusto de Morain.) No te parece á Brabagon. ¡Ese sí que no tiene escrúpulo de ninguna clase!
- MOR. Pues no deseo parecerme á él.
- MAR. Tienes mucha razón, es un grosero y un mono de imitación; falso como una moneda que no pasa. En fin, hay que reirse aunque uno no quiera. ¡Vaya! Vamos. ¿Me tienes que decir alguna cosa más?
- MOR. ¡Ah! expresarle una vez más toda mi gratitud.

- MAR. ¡Quita de ahí! Si tú no me debes nada.
MOR. Ya lo creo que os debo mucho.
MAR. Mira, no te obligo. Agradecido me disgustarías mucho. El agradecimiento no es más que mentira. El deudor odia á su bienhechor. Es su desquite. Yo no te pido ni que me quieras ni que me aborrezcas.
- MOR. ¿Qué me pedís, entonces?
MAR. De ser joven y guapo.
MOR. ¿Por qué no queréis que os demuestre mi cariño?
MAR. Porque es inútil.
MOR. Espero al menos probároslo.
MAR. Imposible.
MOR. ¡Qué daño me hacéis!
MAR. ¡Qué niño!
MOR. ¿Pero por qué sois así? ¿De dónde proviene ese pesimismo horrible y esa feroz alegría en el desprecio?
- MAR. No lo sé, pero viene de muy lejos. Mira, en todos los crímenes, orgías, dramas sangrientos del pasado, se encuentra mezclado el nombre de Priola. Mi padre era riquísimo, gran jugador, casó con mi madre en Londres, la adoró, la engañó y hasta pegó, y á los treinta y ocho años, hastiado de la vida se saltó la tapa de los sesos en Nápoles.
- MOR. ¿Y vuestra madre?
MAR. Parece que fué una mujer admirable y encantadora, como cuerpo... Han hecho sus retratos infinidad de célebres pintores.
- MOR. ¿Se ocupó de vos?
MAR. Así así. Tenía otras cosas que hacer; cuidarse, arreglarse, prodigar su belleza. Manos mercenarias cuidaron de mi infancia. Oía á los lacayos murmurar de los amos; á los catorce años sabía yo más de lo que debía. Al año siguiente le confié á mi madre mi primer pecadillo de amor; se reía: claro, me quería á su manera: como se quiere á un peerrito faldero. Es la única y verdadera amiga que he tenido. Vivió bien, pero concluyó mal.
- MOR. ¿Y cómo fué eso?

- MAR. Se metió en un convento en España. Todo esto, hijo mío, me ha desengañado, he visto la realidad de las cosas y la hipocresía del mundo. Yo debía haber vivido en otros tiempos fogosos, en donde no se conocía el escrúpulo ni el remordimiento, en donde el hierro y el fuego, el puñal y el veneno, estaban permitidos al hombre y bendecidos de Dios. (Mirando fijamente á Morain.) ¿En qué piensas?
- MOR. Mucho debéis haber sufrido para pensar y hablar así.
- MAR. No lo creas, he nacido invulnerable, he podido hacer sufrir mucho á los demás, pero el mal ajeno no me ha preocupado nunca.
- MOR. Sin embargo, no sois malo.
- MAR. No soy bueno más que para mí.
- MOR. Lo que habéis hecho conmigo, prueba lo contrario
- MAR. Tú eres una excepción, y después de todo, tú no puedes comprenderlo, soy muy raro. Y ahora, para concluir, te voy á dar una gran noticia que te quiero decir esta misma noche, sobre el campo de batalla, tu entrada en el mundo.
- MOR. Decid pronto, me asombráis.
- MAR. No tengas miedo, te dejo heredero de mi nombre y de mis bienes.
- MOR. (Con asombro.) ¡A mí!
- MAR. Sí, á tí, á tí.
- MOR. Pero...
- MAR. Yo no tengo hijos, ni naturales, ni legítimos, no es culpa mía, tu ocuparás ese lugar desde hoy. Te llamarás Priola, suena mejor que Morain.
- MOR. No digo que no, pero es que...
- MAR. Mira, amigo mío, te lo voy á confesar, si á algo en este mundo tengo apego, es á mi nombre.
- MOR. Lo comprendo; de manera que yo me llamaré...
- MAR. Priola, nombre hermoso que hace palidecer á las mujeres, nombre glorioso en las guerra y conquistas. Y ¿ves? al pensar que mi

nombre moriría conmigo, me entra una tristeza y al mismo tiempo una gran desesperación; por eso, ¿ves? no quiero que mi nombre, el nombre de Priola, desaparezca y por eso te lo dejo á tí. Basta por hoy, ya hablaremos otro día y esperando que te dé ese nombre, haz méritos para obtenerle.

MOR.

¿Cómo?

MAR.

¿No ves allí un conjunto de seres encantados, esas lindas jovencitas?

MOR.

Hay también mujeres casadas, viudas, algunas son hasta madres de familia.

MAR.

(Riéndose.) Sin distinción, todas son tuyas, así son las mujeres. Vé á buscarlas.

ESCENA II

PRIOLA, MORAIN y el DOCTOR SAVIERES

DOCTOR

(Sorprendido) ¿Cómo vos por aquí?

MAR.

Sí, aquí me tenéis. Conocí á la Princesa Cortonia antes de casarme, cuando era secretario de la Embajada en el Quirinal.

DOCTOR

Es verdad, siempre he sentido que os hubieseis retirado. Sois un gran diplomático.

MAR.

(Dirigiéndose á Morain, para presentárselo á Savieres.) Aquí os presento á mi protegido, el señor Morain.

DOCTOR

Ya he oído hablar de él. ¿Esta es vuestra buena acción? (saludando á Morain.) Señor Morain...

MAR.

(Presentando Savieres á Morain.) El señor de Savieres, mi médico de cabecera y mi amigo. (Dirigiéndose á Morain.) Y tú, vé á buscar á Brabaçon y dile que te presente á las más hermosas. (Morain se retira.)

ESCENA III

PRIOLA y el SEÑOR DE SAVIERES

- MAR. ¿Dónde está la señora de Savieres? no la veo. Verdad es que la gusta poco la sociedad. Siempre será un enigma para mí, que esta hermosa y rígida protestante, se haya casado con vos, que sois libre pensador.
- DOCTOR Nada más lógico creía, que en casándonos me convertiría.
- MAR. ¿Lo ha conseguido ya?
- DOCTOR Ha tenido que renunciar á ello, pero hablemos de otras cosas más importantes. A pesar de sus rarezas, la señora de Savieres vendrá esta noche al baile.
- MAR. ¿De veras? me asombráis.
- DOCTOR ¿Y sabéis con quién viene?
- MAR. No, ¿cómo lo he de saber?
- DOCTOR Con los señores de Le Chesne.
- MAR. ¿Con mi mujer?
- DOCTOR Sí, con la que fué.
- MAR. ¿Entonces, conocen á la Embajadora?
- DOCTOR Sin duda.
- MAR. ¡Bah! (silencio.) ¿Pero, cómo sabéis que venía?
- DOCTOR Comíamos en su casa, y...
- MAR. Sí, os visitabáis con mucha frecuencia.
- DOCTOR ¿Os acordaréis que mi mujer era íntima amiga de la vuestra? Al concluir la comida tuve que salir precipitadamente á asistir á un enfermo, y como el deber profesional es antes que todo tuve que dejar á esas señoras que vendrán dentro de breves instantes. Vendrán acompañadas del señor Le Chesne.
- MAR. No, el señor Lechesne, tiene que ir por precisión á otro lado; aquí vendrá á buscarnos más tarde. (Fijándose en Priola.) ¿Pero qué pensativo estáis? ¿qué os pasa?
- MAR. (Friamente.) A mí, nada.
- DOCTOR ¡Sí! Estaréis inventando alguna nueva maquinación, nada buena.

- MAR. ¡Psch! Tomo los pensamientos según vienen.
- DOCTOR Adivino lo que estáis pensando.
- MAR. Entonces me alegro, no tendré necesidad de decíroslo.
- DOCTOR Pues bien, desechad esos pensamientos.
- MOR. ¿Y por qué?
- DOCTOR Por muchas razones, que sería demasiado largo explicároslo en este momento.
- MAR. (Con ironía) ¡Que lástimal
- DOCTOR Pero ya os las diré.
- MAR. ¿Cuándo?
- DOCTOR En mi casa y cuando queráis.
- MAR. (Riéndose) ¡Una consulta, tiene gracia! (Un poco más serio.) No digo que no.
- DOCTOR Pues os espero, pero mientras tanto, seguid mi consejo. Mucho juicio, y muchísimo descanso. Vivís muy deprisa.
- MAR. Hago mi deber ó cumplo mi obligación.
- DOCTOR Yo cumplo el mío advirtiendooos. (Acercándose más á Priola.) Aunque soy excéptico y ligero como vos me calificáis, hay veces que me vuelvo serio. Vamos á ver, amigo Priola (ó Marqués), ¿no véis algunas veces las cosas dobles?
- MAR. Sí, ya lo creo.
- DOCTOR ¡Entonces, comprenderéis!...
- MAR. Cuando miro el escote de alguna mujer hermosa.
- DOCTOR ¡Vaya! ¡Siempre estáis de bromal! Hasta luego.

ESCENA IV

LOS MISMOS y BRABAÇON

- BRAB ¿Os vais, Doctor? ¿Huís de mí?
- DOCTOR Al contrario, querido amigo. (Se va.)
- BRAB (Acercándose á Priola.) La he visto, chico; en este instante acaba de llegar.
- MAR. ¿Quién?
- BRAB. ¡Hombre! Teresita.
- MAR. ¿Pero cuál Teresa?

- BRAB. ¿Pero no te acuerdas? la señora de Valleroy, la que acechabas estos días con tanto afán.
- MAR. (Con ironía.) ¡Bah, pequeña conquista! Se llama Teresa, y es verdad, pues se me había olvidado.
- BRAB. ¡Eres sublime! ¿Van bien esos amores? ¡eh! ¿Cómo andamos? Cuéntamelo, que estoy deseoso de saber algo.
- MAR. ¡Sosiégate, hombre, que te puede dar un ataque de nervios!
- BRAB. Ya sabes que en cuestiones amorosas soy así, no lo puedo remediar. Ya sabes también, que hace tiempo nos conocimos, que nuestra amistad data de nuestros primeros amores, que hemos llevado la misma vida y, en resúmen, que ya es tanta la igualdad, que nos parecemos física y moralmente.
- MAR. Tienes mucha razón, así es.
- BRAB. (De más en más entusiasmado de sí mismo.) Tengo tu elegancia, tengo tu perfil, en fin, que puedo decir que como tú soy el hombre soñado por las mujeres.
- MAR. Lo somos, si te parece.
- BRAB. Claro está; pero ya sabes que todo lo que te concierne es como si fuera cosa mía, tus deseos, tus felicidades, todo lo tuyo, hasta me apasiono en tu juego como si jugase yo; si ganas, me alegro tanto ó más que si yo ganase.
- MAR. ¿Y cuando pierdo?
- BRAB. Eso no pasa nunca.
- MAR. Quita de ahí, falso, adulator. ¿Dónde está Pedro?
- BRAB. Entre esas señoras tan guapas... ¡Tiene un exitazo que ya, ya!
- MAR. Encárgate de él. Vigílale, y entreténlo, quiero estar solo.
- BRAB. Entendido. ¿Vas á trabajar, eh? (En este momento entra en escena la señora de Valleroy, acompañada de dos caballeros.)
- MAR. Sí, voy á trabajar. Ahí viene Teresita. La casualidad no la ha traído aquí, no; y se ha hecho acompañar por estos dos tontos, (La señora de Valleroy se sienta y los caballeros se que-

dan de pie.) pero me ha visto. Verás cómo despide á estos caballeros y se queda sola. (Los caballeros se van.) Ves, ¿no te lo decía yo? Vete pronto y déjame.

BRAB. Buena suerte y que te diviertas.

MAR. ¿También á tí te gusta, eh?

BRAB. ¡Ya lo creo que me gusta, pero como á tí!...

MAR. ¡La quiero, lo sabes, y cuidado!

BRAB. No temas, no te la reclamo, eres el amo y me callo.

ESCENA V

EL MARQUÉS DE PRIOLA y la SEÑORA DE VALLEROY

SRA. VAL. ¿Hace tiempo que me buscábais?

MAR. Yo os esperaba solamente. ¿Cuándo vais á cumplir vuestra promesa?

SRA. VAL. ¿Qué promesa?

MAR. No finjais ignorarlo. La de venir á ver mi colección de almanaques, que es muy bonita.

SRA. VAL. Nunca os prometí cosa semejante.

MAR. ¿Lo creís así?

SRA. VAL. Como que estoy segura.

MAR. Entonces prometédmelo ahora.

SRA. VAL. Es imposible.

MAR. ¿Por qué?

SRA. VAL. Por mi reputación.

MAR. ¿Y tenéis en más vuestra reputación que vuestra virtud?

SRA. VAL. Lo mismo. Pero estais loco. ¿Cómo queréis que vaya á vuestra casa en pleno día?

MAR. Si lo preferís venir por la noche...

SRA. VAL. No... Prefiriría...

MAR. Conque aceptais, ¿verdad?

SRA. VAL. ¿Aceptar el qué? Haced el favor de explicaros. (Se ríe.)

MAR. Vaya, que no estais segura todavía de vuestro corazón.

SRA. VAL. Dejad mi corazón en paz, que nada tiene que ver aquí.

- MAR. ¡Dejémoslo! Pero tampoco estais segura, ni de vuestro espíritu ni de vuestros sentidos.
- SRA. VAL. ¡Vamos!... Ahora mis sentidos divagais, amigo mío. Aunque no querais creerlo, os digo que estoy segura de mí misma.
- MAR. ¿Entonces de quien no estais segura es de mí?
- SRA. VAL. ¡Claro! ¡Sois un hombre tan vividor!
- MAR. No me alabeis.
- SRA. VAL. Y además, vuestros almanaques tienen muy mala fama. ¡Jamás los veré!
- MAR. Peor para ellos.
- SRA. VAL. Y para vos.
- MAR. Tenéis razón.
- SRA. VAL. Y luego, amigo mío, los habéis enseñado á mucha gente, así es que cuando hablan de alguna señora y dicen que ha visto los almanaques del Marqués de Priola... ya se sabe lo que significa.
- MAR. ¿Y qué significa eso? (La señora de Valleroy levanta los hombros y se ríe.) No os atreveis á decirlo, tenéis miedo.
- SRA. VAL. ¡Claro está!
- MAR. Tenéis miedo de todo; creía que erais otra mujer.
- SRA. VAL. Es mi carácter, y después de todo... si no hace más que dos meses que me conocéis. ¿Por qué me hacéis esa corte tan asidua si no me queréis?
- MAR. ¿Yo no quereros, si os adoro? Os quiero como ninguna mujer ha sido ni será querida en este mundo. Solamente que ni os lo digo ni os lo demuestro, pues bastaría que os lo dijese para que no lo creyerais, mientras que callando...
- SRA. VAL. ¿Esperais que lo crea? Decídmelo francamente, sin mentir.
- MAR. Yo no miento nunca.
- SRA. VAL. Vamos á ver, ¿cuántas amiguitas (Con aire picaresco.) teneis?
- MAR. Os vais á asombrar. No tengo ninguna.
- SRA. VAL. ¿No?... ¿De veras?
- MAR. Aunque os parezca mentira, es, sin embargo, la verdad. El mes pasado rompí con las que

me quedaban, de las cuales estaba hastiado.
¿Queréis que os diga sus nombres?

SRA. VAL. Para qué? Es inútil.

MAR. Llevo algunos días que estoy en la más triste soledad.

SRA. VAL. ¿Y contais conmigo para que os acompañe?

MAR. Sí.

SRA. VAL. Perdeis el tiempo.

MAR. Ya me desquitaré.

SRA. VAL. Con otra, sí. Conmigo... no; traeis muy mala sombra á las personas que os aman.

MAR. No tenéis más que aborrecerme. ¡Es tan fácil!

SRA. VAL. Dos de vuestras amantes, antes de casaros murieron por vos.

MAR. Dispensad: una sola se suicidó.

SRA. VAL. ¿Y no encontrais eso suficiente? ¡Y en fin, vuestra misma esposa!

MAR. ¡Ah! ¡Esa sí que no ha muerto!

SRA. VAL. ¿Y qué, se lo reprochais?

MAR. No, solamente se empeñó, contra mi voluntad, en quererme más que las demás.

SRA. VAL. Antes no digo, pero lo que es ahora... Hace tiempo que no piensa en vos. ¡Como que se ha vuelto á casar!

MAR. ¡Bastante lo sientel ¡Como que es mi viuda inconsolable, creedlo!

SRA. VAL. Vamos...

MAR. Lo que os digo es la verdad. No teneis más que ver el tipo del marido que ha escogido.

SRA. VAL. Como os gustan las comparaciones...

MAR. Eso depende... ¿Con quién tengo necesidad de compararme para estar seguro de ser el preferido?

SRA. VAL. El señor Le Chesne, según he oído, no es un cualquiera.

MAR. En los brazos de su mujer desde luego que no.

SRA. VAL. Sois terrible.

MAR. ¿Por qué me haceis el elogio de ese hombre?
¿Lo conoceis?

SRA. VAL. No, no lo he visto nunca.

MAR. Os voy á hacer su retrato. Un pobre hombre con el pelo todo blanco, con una cabeza

hermosa é interesante, lleno de bondad, tiene la palabra fácil, el corazón generoso, noble y virtuoso, presidente y consejero de cincuenta y tantas obras de beneficencia, añadiendo á esto el de ser millonario y comendador de la Legión de honor. En fin, que ya veréis el entierro que llevará el día que se muera. A ese iré.

SRA. VAL. Muy bien el retrato que me habéis hecho de ese caballero: es el retrato de todo un hombre de bien.

MAR. Ya lo veis, por eso lo encuentro yo insulso, hasta repugnante. En cuanto á mi mujer, á la que tampoco conocéis, y que haceis muy mal en hablarme de ella, es una mujer trivial, apasionada de mí y que nunca miré sin burlarme de ella.

SRA. VAL. Sin embargo, la dijisteis que la amábais...

MAR. ¡Qué remedio! Al principio para gustarle, luego... la buena educación exige...

SRA. VAL. ¡Y la habeis hecho sufrir tanto! Vaya, que si yo os hiciera caso me hacíais tan desgraciada como á ella.

MAR. No; primero, no sois mi mujer, y luego no se hace sufrir más que á los que nos quieren, y vos no me amais al menos hasta ahora. Por esta misma razón me gustais. No hablemos más de mi mujer y...

SRA. VAL. Al contrario, sigamos hablando de ella; ¿era guapa?

MAR. Sí, pero su belleza se eclipsó antes de divorciarme con ella.

SRA. VAL. ¿Cuánto tiempo hace que se casó con Le Chesne?

MAR. Tres años.

SRA. VAL. ¿La habeis vuelto á ver?

MAR. Nunca.

SRA. VAL. Me sorprende.

MAR. Pues así es.

SRA. VAL. ¿Pero cómo, ni por casualidad os habeis encontrado nunca con ella en el mundo, siendo tan pequeño?

MAR. ¡Pero París es tan grande!...

SRA. VAL. Vamos á ver, si os encontráreis de buenas á primeras con ella, ¿qué haríais?

- MAR. ¿Así de pronto? No sé. Comprendereis que ella...
- SRA. VAL. Y vos.
- MAR. Oh, yo me dominaría. (En este momento entra la señora de Le Chesne y la señora de Savieres y apercibiéndose de ello Priola.) Mirad, aquí teneis la prueba.
- SRA. VAL. (Sorprendida y con interés y curiosidad.) ¿Cuál es?
- MAR. La morena. (Priola no se mueve.)

ESCENA VI

LOS MISMOS y las SEÑORAS LE CHESNE, DE SAVIERES y PIFRRE MORAIN. Las señoras Le Chesne y de Savieres atraviesan el escenario. La señora Le Chesne ve al Marqués de Priola, se emociona, y para no caerse se apoya en el brazo de la señora de Savieres que no ha comprendido lo que pasa

- SRA. SAV. ¿Qué tienes? ¿qué te pasa?
- SRA. CHES. (Bajo.) Mi marido.
- SRA. SAV. (Viendo á Priola.) Por Dios, tranquilízate. (Hace ademán de retirarse.)
- MAR. (A la señora de Valleroy.) ¿No os lo dije?
- SRA. VAL. (Con desprecio é imperio.) Haced el favor de mandar que se acerque el coche.
- MAR. ¿Os vais tan pronto?
- SRA. VAL. En seguida. (Priola le ofrece el brazo que ella acepta y se sonríe.)
- MAR. Sonreiros, que nos ve. (En este momento aparece Pierre Morain que entró hace poco en el escenario y fijándose en la señora de Le Chesne se acerca á Priola que va á salir del brazo con la señora de Valleroy y le dice bajo.)
- MOR. Decid, señor, si no me equivoco ¿habéis visto á esa señora que acaba de entrar?
- MAR. Sí, amigo mío, es ella, la has reconocido. Puedes hablar delante de esta señora. (Presentación mutua.) La señora de Valleroy. (A Morain.) El señor Pierre Morain. (A la señora de Valleroy.)
- SRA. VAL. Lo sé todo, salgamos por aquí.
- MAR. (A Morain.) No vuelvas la cabeza (Salen los tres)
- SRA. SAV. (A la señora de Le Chesne.) Mira, se va, tranquilízate.

ESCENA VII

SEÑORA LE CHESNE y SEÑORA DE SAVIERES

SRA. CHES. ¿Has visto cómo me miraba?

SRA. SAV. Sí, con bastante insolencia.

SRA. CHES. No ha cambiado, parece más joven. ¿Quién es esa mujer que iba con él?

SRA. SAV. La señora de Valleroy, (Con desprecio) una de tantas.

SRA. CHES. Es casada.

SRA. SAV. No se ve nunca á su marido. Vive en el extranjero.

SRA. CHES. ¿Eh?

SRA. SAV. Sabes lo que haría yo en tu puesto, pues me iría de aquí.

SRA. CHES. No puedo. Le Chesne debe venir á reunirse con nosotros, bien lo sabes tú, y me vendrá á buscar.

SRA. SAV. Por eso no te apures, le mandaré decir que te has puesto un poco indispuesta y que te has tenido que marchar.

SRA. CHES. No, ¿qué pensará de mí?

SRA. SAV. ¡Quién! ¿tu marido?

SRA. CHES. ¡No, mujer! el Marqués de Priola; si yo me fuera pensaría que tengo miedo de él.

SRA. SAV. ¿Y te preocupas de lo que el Marqués pueda pensar de tí?

SRA. CHES. No me preocupa nada.

SRA. SAV. (Cogiendo las manos á la señora de Le Chesne y mirándola fijamente.) Mirame bien; ¿tú le amas todavía? No mientas.

SRA. CHES. ¡Yo! ¿quererle? estás loca.

SRA. SAV. Entonces vámonos de aquí y te creeré.

SRA. CHES. (Esforzando la risa.) Vamos, no seas tonta, cualquiera que te oyera pensaría que estoy aquí en peligro.

SRA. SAV. Y en gran peligro.

SRA. CHES. Pero, dime, ¿temes que yo hable con Priola?

SRA. SAV. ¿Y si te habla él?

SRA. CHES. (Con temor, angustia y al mismo tiempo deseo.) ¿Y crees que se atrevería?

- SRA. SAV. Bien sabes que ese hombre es capaz de todo. Vamos á ver, y si te viene á hablar, ¿qué harás?
- SRA. CHES. No vendrá; lo recibiría de tal manera que no le quedaría gana de volver á empezar.
- SRA. SAV. (Viendo á Priola que entra.) ¡Qué insensata eres! ¡Ahí le tienes! ya estarás contenta.
- SRA. CHES. ¡No me dejes, por Dios!
- SRA. SAV. No, no te dejo, estate tranquila.
- SRA. CHES. No. Vete; prefiero que te vayas.
- SRA. SAV. (Resuelta.) Me quedo, no me voy.
- SRA. CHES. (Decidida y furiosa.) Vete. Vete; si no te vas tú me iré yo.
- SRA. SAV. Ah, Juana, Juana, ¿qué es lo que vas hacer? (Se va muy desconsolada.)

ESCENA VIII

EL MARQUÉS DE PRIOLA y LA SEÑORA DE LE CHESNE. Priola saluda á la señora de Savieres que no le devuelve el saludo y que se va desconsolada, y Priola se acerca á la señora de Le Chesne á quien saluda. Momento de gran silencio en la escena.

- SRA. CHES. (Esforzándose.) ¿Qué quereis?
- MAR. No temais.
- SRA. CHES. ¿Creeis que tengo miedo?
- MAR. Teneis razón. Sabeis muy bien que me sois sagrada por todo el mal que os he hecho.
- SRA. CHES. Basta, ¿qué me quereis?
- MAR. Nada, que en medio de este bullicio pensaba en vos. No os riais, siempre pienso en vos.
- SRA. CHES. Remordimientos.
- MAR. Algo más en cuanto os ví por vez primera; desde hace cuatro años que nos separamos he pensado en la dicha de otras veces, felicidad perdida para siempre.
- SRA. CHES. Sí, para siempre.
- MAR. ¡No me lo recordeis, Juana, no me lo recordeis! Cuando os ví, entonces, con el corazón lleno de angustia he querido acercarme á vos, hablaros y deciros...
- SRA. CHES. Ni una palabra más.

- MAR. La última. Dejad que os diga que os amo, que estoy arrepentido y que estoy desesperado. Sé muy bien que me odiais.
- SRA. CHES. No odio á nadie.
- MAR. Gracias, oh, mil gracias. ¿Conque no me odiais? No me atrevia á esperarlo. Sin embargo, bien vengada estais, al menos vos sois feliz.
- SRA. CHES. Sí, muy feliz.
- MAR. Me alegro. Nada me puede ser más grato en medio de mi dolor que el saberos dichosa. Teneis la verdadera felicidad, la paz, la estimación y la admiración de las personas honradas. Como mereciais todo eso, yo no era digno de vos.
- SRA. CHES. Os suplico, caballero...
- MAR. He concluído. Veo que es penosa esta entrevista.
- SRA. CHES. Muy penosa...
- MAR. Tengo una tristeza profunda, una amargura tan grande... Es mi castigo. Tenía el cielo con vos; no supe comprender tanta felicidad hasta el día que lo he perdido.
- SRA. CHES. ¿Quién tiene la culpa?
- MAR. Yo, yo sólo soy el culpable, pero ¡ay! cómo lo estoy expiando; pero ahora no soy el mismo hombre.
- SRA. CHES. Ni yo la misma mujer.
- MAR. ¡Verdad es, la Marquesa de Priola!
- SRA. CHES. La Marquesa de Priola ha muerto.
- MAR. ¿Estais bien segura?
- SRA. CHES. Adiós. (La señora de Le Chesne se acerca á la señora de Sañieres que entraba en escena en ese momento, pues estaba vigilando á la señora de Le Chesne. Viene hacia ella.) Vámonos, vámonos de aquí. (Salen. Brabaçon entra.)

ESCENA IX

MARQUÉS DE PRIOLA y BRABAÇON

- BRAB. ¡Pero sabes que te admiro! (Se miran y sonríen.) Antes te dejé con la rubia y ahora vuelvo y te encuentro...

- MAR. Con mi morena legítima.
BRAB. ¿Entonces os volveréis á casar?
MAR. Todavía no.
BRAB. ¿La has hablado? ¿Como estaba ella aquí?
MAR. Una antigua conquista.
BRAB. ¡Qué sinvergüenza! ¿Y qué te ha dicho ella?
MAR. Nada.
BRAB. Pues no es mucho.
MAR. ¿Sabes que está más guapa que nunca?
BRAB. ¡Vamos, no seas romántico! ¿No sabes lo que dicen por ahí?
MAR. ¿Qué dicen?
BRAB. Que Morain es tu hijo.
MAR. Dicen eso, ¿eh? Pues bien, se equivocan.
BRAB. Permite. Vamos á ver. Ese chico lo has recogido de pequeño, lo has educado como un príncipe, no le niegas nada, ¿y todavía pretendes disuadirnos?
MAR. Yo no pretendo nada, he hecho eso como hubiera hecho otra cosa, un capricho, y también para dar que hablar por orgullo.
BRAB. ¿Cómo?
MAR. He observado que en este mundo para ser considerado por gente respetable y honrada y además también de otras personas, no es necesario ser virtuoso ni tener buenas cualidades; aunque se lleve una vida mala, por muy depravada que sea, en teniendo una buena acción ó acto de caridad transcendente de que alabarse, es lo suficiente para borrar lo demás.
BRAB. Eso es verdad. Pero hay también otra clase de buenas acciones.
MAR. Claro que si unos pasan por hijos modelos aunque hacen miles de horrores, juegan, se emborrachan, pero cuidan á su madre viejecita, les dan el brazo para bajar la escalera, les parten el pan y cortan la carne en la mesa, en fin, mil monerías. Otros paran un caballo desbocado para que pongan su nombre en los periódicos, otros han hecho salvamentos en los incendios... en fin, ¡qué sé yo! Todos los pillos tienen buenas acciones, pero á un hombre que ha recogido á una criatura po-

bre y que hace con él las veces de padre, lo hace porque el chico es hijo suyo, si no lo haría, esc no es caridad. Ese, ese es el mundo. ¿Digo yo bien, Brabaçon? Y eso que yo no defiendo al Marqués de Priola, vil seductor de mujeres, sacrilego; en el amor todo lo que queráis, pero tiene una acción buena en su vida.

BRAB. (Con voz fingida.) Y esa hermosa acción que concedéis del Marqués de Priola, ¿cuál es?

MAR. ¡Cómo, caballero! ¿Ignoráis que ha recogido al hijo de uno de sus guarda-bosques, que lo ha educado y se ha hecho cargo de él?

BRAB. ¡Ah! ¿Con que ha hecho eso? No lo sabía. Dispensadme, Marqués.

MAR. ¡Ufí Ya era hora.

BRAB. (Recobrando su voz.) Todo esto está muy bien hablado, pero basta de bromas. Puede venir alguien y decirme: la buena acción de vuestro Marqués es muy dudosa. ¿Qué le contesto, vamos á ver?

MAR. (Con insolencia.) ¿Cómo dudosa?

BRAB. Sí, señor, porque antes de ser huérfano el niño, tenía á su madre.

MAR. Naturalmente, hombre.

BRAB. Y el Marqués fué su amante. Porque tú lo has sido.

MAR. Sí, es verdad; pero calla, no hables tan alto, que te pueden oír.

BRAB. Y bien sabes que el padre, el guarda-bosque, no fué víctima, ni de imprudencia ni de casualidad, si no que él mismo se pegó un tiro. ¿No es verdad?

MAR. Sí, todo es verdad, pero eso no lo pueden decir, porque nadie lo sabe.

BRAB. En fin; vamos por qué se mató el marido.

MAR. Hombre, me pides demasiado. ¡Yo qué sé! Un acto de locura desesperado al verse engañado por su mujer. Por una carta que me escribió sorprendió nuestros amores. Tenía la manía de siempre, escribir.

BRAB. Y tú la de guardarlas.

MAR. No, las cartas todas las quemaba, no tenían de interesante, más que la ortografía, que era lo que había que ver.

- BRAB. Silencio, que aquí está el fruto de esos amores. (Morain entra del brazo de la señora de Valleroy.)
MAR. Con Teresita.
BRAB. (Bajo á Priola.) Nos la sopla.

ESCENA X

Los MISMOS, más MORAIN y señora de VALLEROY

- MAR. (A la señora de Valleroy.) ¿Cómo, señora, todavía estáis por aquí? Tanta prisa teníais antes..
SRA. VAL. La culpa la tiene el señor Morain; es tan simpático, que en cuanto nos hemos hablado nos hemos hecho amigos.
MAR. No me extraña.
SRA. VAL. Ha viajado mucho.
BRAB. (A la señora de Valleroy) Vos también habéis viajado.
SRA. VAL. De seguida tuvimos muchas cosas que contarnos, pero ahora sí que me voy.
MAR. ¿Ahora va de veras? ¿Os vai?
SRA. VAL. ¿Quién sería tan galante de ir á buscar mi abrigo.
MOR. Yo, señora. (Sale.)
BRAB. (A quien Priola hace señas de que quiere estar solo con la señora de Valleroy.) No, iré yo por el abrigo.
MAR. ¡Qué estímulo!

ESCENA XI

EL MARQUÉS DE PRIOLA y la señora de VALLEROY

- SRA. VAL. ¿Habéis hablado á la señora de Le Chesne?
MAR. Sí le hablé.
SRA. VAL. Es muy guapa.
MAR. ¿Verdad que sí? Está mejor que antes.
SRA. VAL. ¿De qué le habéis hablado?
MAR. De amor.
SRA. VAL. Como á mí; siempre la misma canción.
MAR. Pero de otra manera.
SRA. VAL. No hace una hora teníais la audacia...
MAR. Tengo audacia para todo, esa es mi origina-

- lidad. ¡Oh! Pero tened cuidado; os estáis poniendo en ridículo.
- SRA. VAL. ¿En qué? Decidme.
- MAR. En que tenéis celos.
- SRA. VAL. ¡Celos yo! ¿De quién, Dios mío?
- MAR. Pues de mi mujer. (La señora Valleroy se ríe.) Su llegada inesperada.
- SRA. VAL. Pero si ya no es vuestra, es la mujer de otro.
- MAR. ¡Para mí siempre es mía! Fui su primer marido, y sobre todo, todas las mujeres son mías. Continué; su llegada aquí os exasperó, encontrásteis á Morain y os vinisteis aquí á ver si yo también me exasperaba y á ver lo que había pasado para contarlo; pues bien esto va á terminar. No tengo más que decirlos, que os espero mañana en mi casa.
- SRA. VAL. (Con sorna.) ¿Con que tengo hasta mañana? Gracias. ¿A qué hora, para no retrasarme?
- MAR. Desde las dos hasta las cinco, porque á esa hora voy al Casino.
- SRA. VAL. ¡Qué impertinencial Vamos á ver, ¿qué os extrañaría más, que vaya ó que no fuera?
- MAR. ¡Qué pregunta! Que no vinieseis.
- SRA. VAL. ¿Y si no fuera?
- MAR. Eso ya me extrañaría.
- SRA. VAL. Tiene gracia. (Resuelta.) Pues decididamente iré.
- MAR. Al fin, gracias á Dios.
- SRA. VAL. Después de todo, no tengo que temer. (Los dos se ríen.)
- MAR. Ni yo tampoco.
- SRA. VAL. En eso quedamos. ¿Pero parece que lo dudais?
- MAR. No lo dudo.
- SRA. VAL. Mañana de dos á cinco á ver sus almanaques iré; preparadlos.
- MAR. Todo está dispuesto. (En este instante el señor Le Chesne atraviesa el escenario y se encuentra con Priola; miradas de los dos. La señora de Valleroy se apercibe del encuentro. Bajo.) Mi feliz sucesor Le Chesne. (Alto.) Permitidme que os acompañe al coche. (Salen del brazo Priola y la señora de Valleroy. Le Chesne se queda mirándolos y el señor de Savieres entra.)

ESCENA XII

LE CHESNE y SAVIERES

- DOCTOR ¿Buscábais á la señora de Le Chesne?
CHES. Sí, precisamente.
DOCTOR Acaba de salir con mi mujer, que la habrá acompañado hasta su casa.
CHES. ¡Ah! ¿Cómo?
DOCTOR Se encontró indispueta y me rogó os lo dijera. (Falsa salida.)
CHES. (Angustiado.) No me ocultéis nada, ¿lo ha vuelto a ver?
DOCTOR ¿A quién?
CHES. Al Marqués de Priola. No os asombréis, acabo de verle aquí.
DOCTOR Sí es verdad, estaba aquí. Pero no creo que la señora de Le Chesne le haya visto, habiendo ella permanecido aquí muy poco tiempo.
CHES. Por Dios, no me engaños. ¡Oh, sí! ¡aseguraría que le ha visto y por eso se ha marchado!
DOCTOR Aunque así fuera ha hecho bien en marcharse.
CHES. ¡Dispensadme, pero no puedo dominarme! ¡Vos no me comprendéis!
DOCTOR Ya lo creo que os comprendo. Demasiado.
CHES. No, no.
DOCTOR Sin ser vuestro médico, el primer día que os vi adiviné...
CHES. ¿Eso no puede ser? ¿Qué es lo que habéis adivinado?
DOCTOR ¿La enfermedad que padeceis queréis que os la diga?
CHES. Sí, decidmelo.
DOCTOR Adorais á vuestra esposa y la queréis con la pasión de un amante.
CHES. ¡Callaros, por Dios! Para ella no soy más que un protector, un padre. ¡Nunca salió una palabra de mi boca!
DOCTOR Ya lo sé, os sacrificais heroicamente, pero sufris mucho, confesadlo, ¿es verdad?

CHES. Sí, es verdad, Savieres. Aunque ella lo ignora, la quiero como un loco, más que un joven, su hermosura, ese atractivo encantador...

DOCTOR No tenéis necesidad de darme esas explicaciones, la queréis y eso basta.

CHES. Sí, quiero que sepáis todo ahora, no os ocultaré nada. La quiero por su gracia exquisita, por su talento, por los sentimientos nobles de su corazón; la quería ya cuando era Marquesa de Priola. Cuando la vi libre, con ardor la desee; sus desgracias me la hicieron más querida. Supe aprovecharme de la ocasión, hablarle á ese corazón dolorido, que no viera en mí al amante apasionado; no, sino al anciano de cabellos blancos que se ofrecía en protector, y aunque sabía que su mujer adoraba en el Marqués de Priola, pensé que ese amor se hubiera extinguido y dado al desprecio y al olvido.

DOCTOR ¡Que mal conocéis á las mujeres!

CHES. No, la creía igual á las demás. Desde que soy su marido envidiado, no descanso. He perdido el sueño, mi existencia es un perpetuo tormento. Tengo celos. En mis insomnios tan pronto dudo de ella como la perdono, la acuso como la disculpo, me reprocho á mí mismo, me maldigo. Me siento feo y viejo, grotesco y culpable. ¡Ay, qué poco valgo y yo mismo cómo me desprecio! No, eso no. Sois todo un hombre de bien.

DOCTOR (Con burlona sonrisa y melancólicamente.) Sí, si; hablemos de mis virtudes, es rara y desinteresada, me rodeó de una reputación usurpada, robó el respeto que no merezco.

DOCTOR Vaya que vuestras obras son buenas.

CHES. Una distracción necesaria á mi dolor.

DOCTOR Hacéis el bien por todas partes.

CHES. Como si hiciera otra cosa. ¿Priola, no colecciona almanaques?

DOCTOR Pero os gastáis una fortuna.

CHES. Me sobra el dinero. No. ¡Valgo menos que el señor de Priola!

DOCTOR No pensais más que en él.

CHES. Su cinismo y su villanía tiene al menos la franqueza. Va con la frente alta. Mientras que yo, que paso por un hombre digno y bueno, no soy más que un viejo enamorado, lleno de rabia y de celos contra la juventud. Todas las noches en mi balcón se ve la luz; las honradas gentes que pasan dicen: ¡Pobre señor Le Chesne, como trabaja, siempre para los pobres! ¡Ah, pobres gentes, como se engañan! Estoy llorando delante de este retrato, (Lo saca de su cartera.) le cubro de besos y lágrimas al lado del cuarto donde está ella sin atreverme á abrir la puerta. Va ahí el hombre bueno y santo.

DOCTOR ¡Pobre!

CHES. ¡Y ella le quiere siempre, al otro le guarda su corazón y su alma! Le ha vuelto á ver y se ha escapado asombrada pero dichosa.

DOCTOR No, no penséis en eso.

CHES. Sí, sí; estoy seguro. Cuando nuestras miradas se han cruzado, he visto en sus ojos el triunfo del gavilán que en sus garras aprieta su víctima.

DOCTOR Entonces es preciso obrar en seguida.

CHES. Soy muy viejo.

DOCTOR Iros con vuestra mujer, viajad.

CHES. No puedo, mis ocupaciones me lo impiden.

DOCTOR Entonces que vaya ella sola á pasar una temporada en casa de algunos amigos.

CHES. Lejos al contrario, pensaría más en él y yo no puedo vivir sin ella.

DOCTOR Y entonces, ¿qué hacemos?

CHES. Nada, resignarse y sufrir en silencio.



ACTO SEGUNDO

En casa del Marqués de Priola. La escena representa un saloncito ricamente amueblado; una vitrina, en la cual están expuestos los almanaques de la colección. A la izquierda una mesa de despacho, á la derecha, detrás del sofá, un piano estilo Luis XV.

ESCENA PRIMERA

BRABAÇON y MORAIN. Brabaçon se pasea por el escenario mirando tan pronto una cosa como otra. Morain sentado leyendo un libro

BRAB. El Marqués de Priola no podía amueblar su casa más que al estilo Luis XV dado su carácter. ¡Qué lindísima habitación!

MOR. (Sin dejar de leer.) Lindísima.

BRAB. Como se ve en el arreglo de esta casa, que todo está hecho con el fin de agradar á la mujer. ¡Cada cosita en su sitio! ¿Pero no me oís?

MOR. Sí, os escucho.

BRAB. ¿A que no sabéis lo que digo? (Fijándose.)
¿Pero qué leéis ahí con tanto interés? ¿alguna novelilla, eh?

MOR. (Dándole el libro.) Mirad.

BRAB. Un libro de medicina sobre las enfermedades nerviosas. ¿Os interesa?

MOR. Apasionadamente me gusta la medicina. Aquí tenéis un hombre extremadamente nervioso. El Marqués de Priola.

- BRAB. ¡Verdad! No es ponderación.
MOR. ¿Se irrita con mucha facilidad?
BRAB. De una manera atroz, hasta montarse en cólera furiosa.
MOR. ¿No se ha quejado nunca de tener dolores?
BRAB. Varias veces.
MOR. ¿Duerme bien?
BRAB. Duerme mal; tiene unas pesadillas. Hay veces, y esto lo he visto yo, le pasan unas cosas más extrañas... Cuando se pone á escribir, le tiembla el pulso, palidece, se coge la cabeza entre las manos, suspira, y apoyado así encima de la mesa, se queda un buen rato, al cabo del cual se le pasa y sigue escribiendo como si tal cosa. Esto no será grave, ¿verdad?
- MOR. No.
BRAB. A mí me parece que eso depende del estómago; todas estas alteraciones suceden cuando tiene alguna contrariedad ó alguna decepción amorosa. Es que tiene un carácter... Siempre quiere salir victorioso en todas sus empresas. La decepción le aniquila. No os podéis imaginar lo que es el Marqués. Le he visto, no una vez, sino muchas, estar cabizbajo, triste, pensativo, sombrío, desesperado; no pensando más que en el suicidio, y de pronto, ver un rizo rubio, una falda bien puesta un palmito bonito, se transforma, es otro hombre; vuelve á su alegría y vuelve á sus conquistas. ¡Vaya, que es un verdadero tipo!
- MOR. Y vos otro.
BRAB. ¡Vaya, hombre! ¡y vos otro tipo, pero de distinto género! Sois bueno, pero muy raro. Hablais poco y parecéis indiferente á todo lo que os rodea. Esto lo ha observado también el Marqués de Priola.
- MOR. ¡Ah!
BRAB. Tenéis miradas y el silencio de un viejo filósofo. Que con otras personas os comportéis así, bueno. ¿Pero con nosotros? Yo no quiero más que ser vuestro amigo. Vamos, decidme qué os pasa. ¿Estais enfermo? ¿ena-

morado quizás? ¿o bien soñais con un buen empleo en el Gobierno? Vamos, con franqueza, ¿qué tenéis?

MOR. No tengo nada.

BRAB. ¡Sí tenéis algo, y yo lo sé!

MOR. Decídmelo si lo sabéis.

BRAB. Sois un favorecido de la fortuna. Un niño mimado de la suerte. Cuando se tiene todo, no se aprecia nada. Tomad una querida para distraeros.

MOR. Gracias, no quiero.

BRAB. Entre las mujeres buenas, las casadas, por ejemplo, hay menos compromisos. La señora de Savieres; he ahí una conquista muy interesante. (Priola entra en este momento.)

ESCENA II

LOS MISMOS y PRIOLA que entra, oyendo lo que dice Brabaçon

MARQ. ¿Conque se la aconsejas?

BRAB. (Con desearo.) Sí, hombre, sí.

MARQ. Verdaderamente que es una protestante muy guapa. (A Morain.) Cuando te hayas acostumbrado al amor y á las caricias, verás lo que valen esas santurronas que con tanta austeridad suelen caer tan fácilmente en la tentación. Esto no te debe asustar puesto que eres joven y rico, antes al contrario, mejor triunfarás.

BRAB. ¡Ah! ¡Si yo tuviera dos años menos!

MARQ. Verdad, porque tú estabas enamorado de ella.

BRAB. Locamente perdido. (Se lleva las manos á la cabeza.) Todavía recuerdo el vestido que llevaba el día de su boda; era color heliotropo con hilillos de oro, estaba encantadora.

MARQ. ¡Qué memoria tan feliz! (Hace gesto como que le falta la memoria.)

BRAB. En aquel tiempo hubiera yo dado gustoso cien mil francos para que hubiese sido mía.

¡Ay! ¡cuánto la amaba!

MOR. ¿Por conclusión, os dió calabazas?

- BRAB. ¡Calabazas, no! Nunca se apercibió ella de mi amor ni yo me atreví á decirle palabra. Entonces era como vos, novicio en estas cosas. La seguía de lejos; con esto me contentaba. Un día que la seguí, me llevó hasta Vaugirard, rue Blomet, calle muy fea, y hacía muchísimo frío, caía la nieve, era un jueves. Ella parecía que se escondía.
- MARQ. (Irónicamente.) Iría al sermón.
- BRAB. No.
- MARQ. ¿A una cita entonces?
- BRAB. Eso creía yo, pero me equivoqué.
- MOR. ¿A hacer alguna obra de caridad en casa de algún pobre?
- BRAB. (Admirado.) Justamente, lo has adivinado, allí iba. ¡Vaya una desilusión que tuve! ¡Una mujer que sube á las bohardillas! Me desilusioné y la dejé.
- MARQ. Vaya, vaya. (Toca el timbre. Entra un lacayo y el Marqués le dice bajo.) Una señora rubia y delgadita vendrá de dos á tres.
- LACAYO Comprendido, ¿los almanaques?
- MARQ. Sí, los almanaques.
- BRAB. (Alegre.) ¿Es la señora de Valleroy?
- LACAYO (A Priola.) Está bien; nadie entrará.
- MARQ. Mientras ella esté aquí, nadie, ¿oyes? (El lacayo saluda y se va.)
- BRAB. ¿Conque por fin Teresita se decidió?
- MARQ. Así es.
- BRAB. Si te lo ha prometido, desconfío.
- MARQ. Sí que vendrá.
- BRAB. Una conquista más que apuntar.
- MARQ. Ya no las cuento.
- BRAB. Pero, sin embargo, te gustan.
- MARQ. No lo sé.
- BRAB. Al fin te resignas.
- MARQ. Sí, pero esta mujercita no es ninguna Gioconda.
- MOR. ¿Entonces por qué la habéis enamorado?
- MARQ. ¡Qué sé yo! Sin duda porque hacía un hermoso día, había comido bien, y como digestivo, se presentó la señora de Valleroy con cierta elegancia que me sedujo, y que además esto presentaba serias dificultades, y

yo me alabo de poderlas allarnar, y salí victorioso.

BRAB. ¡Qué don Juan!

MARQ. ¡Pronto llegará la hora tan deseada! La primera caída precede á la segunda; en la vida no hay más que el amor, lo demás es pasar el tiempo.

BRAB. ¡No hables mal, qué caramba!

MARQ. Eso no es hablar mal. ¡Ah! algunas veces me he conformado con una victoria moral. Al mismo tiempo evitaba con mucha sabiduría una desilusion posible.

BRAB. Sí, sí. (A Morain.) ¿Qué os parece?

MARQ. Pues volviendo á nuestra Teresa de Valle-roy, se ha portado como una verdadera modistilla.

BRAB. Sin embargo...

MARQ. Se ha portado tan mal, que más vale no hablar.

BRAB. Me has dicho que no quería oír nada.

MARQ. ¡Ñoñerías! Deseando escucharme, manifestando lo contrario, algunos momentos cediendo y otros rehusando. Con sus bromitas, ella tiene la culpa de que yo la haya citado aquí. Pero se equivoca si dice que yo me dejo engañar por ella. He ido demasiado deprisa en este asunto. Lo que ella quiere es dinero, y como ahora no tiene ningún amante que la sostenga con ese lujo y ostentación que desea, se ha fijado en mí, y como yo he visto muy clarito en su juego, me burlaré de ella.

MOR. ¿De qué manera?

MARQ. ¡Hola, hombre! ¿conque te interesa?

CRIADO (Entrando.) Señor Marqués, un coche ha parado á la puerta; debo...

MARQ. Es ella, (Al Criado.) que pase. (A Brabaçon y á Morain.) Dejadme solo.

BRAB. (A Morain.) Iremos á vuestras habitaciones.

MARQ. No os alejeis.

BRAB. Descuidad.

ESCENA III

EL MARQUÉS DE PRIOLA y SEÑORA DE VALLEROY

- SRA. VAL. (Decidida.) Buenas tardes.
MAR. (Con asombro y alegría.) ¿Cómo, sois vos? ¿vos por aquí?
SRA. VAL. Sin duda. ¡Qué sorprendido estais! ¿cómo es eso? ¿no me esperábais?
MAR. Sí me sorprende, ahora que os veo aquí, lo confieso.
SRA. VAL. Sin embargo, ayer no dudabáis.
MAR. Ayer mentí.
SRA. VAL. Entonces mentís á menudo.
MAR. Para hacer como los demás.
SRA. VAL. ¿Y hoy, mentiréis?
MAR. Hoy no; hoy seré franco y sincero; nunca miento, el mismo día que faltó á la verdad no digo lo que siento la vispera.
SRA. VAL. (Simulando salida.) Volveré mañana.
MAR. Quedaos; hoy estoy atónito, asombrado de verme tan feliz. Sé muy bien que sois una mujer encantadora; la más deseada, la más irreprochable, y que no sois como otras á quien se les puede pedir todo.
SRA. VAL. Exponiéndose á no obtener nada.
MAR. Ya sabía que amais al señor de Valleroy. Que aunque separados, y, por lo tanto, dueña de vuestra libertad, esta separación no hace más que acrecentar vuestra fidelidad conyugal. Sabía también...
SRA. VAL. Basta ya; sabéis muchas cosas, y á fuerza de querer alabarme tanto, vuestras alabanzas se volverían en groserías.
MAR. ¿Cómo? ¿No tengo razón en lo que digo?
SRA. VAL. Sí que tenéis razón.
MAR. ¡Ah! Entonces comprenderéis mi asombro al veros entrar aquí. Pensé haberme equivocado de ..
SRA. VAL. Soy la misma mujer que habéis creído desde un principio, y si he venido aquí no es

para haceros cambiar de idea, no lo penséis.

MAR. Entonces, ¿por qué habéis venido?

SRA. VAL. Para daros una lección. Y si todas las mujeres hubieran hecho lo que yo en este momento, qué poco os enorgulleceríais de vuestras proezas, que os ciegan de tal manera que impide el que se quiera uno interesarse por vos.

MAR. Puede ser, no digo que no. Pero sois demasiado severa para los pobres enamorados.

SRA. VAL. No comprendo.

MAR. ¿No son á sus vicios á lo que debéis el que sobresalgan vuestras virtudes? Esa lucha mutua entre ambos, ellos en atacar y vos en defender esa plaza fuerte que se llama el honor... ¿no hacen ver más y más la solidez de vuestros principios?

SRA. VAL. Aun así no dejaríamos de ser honradas.

MAR. Ciertamente; pero ignoradas, gracias á ellos sois admiradas de todo el mundo.

SRA. VAL. Dejemos esta conversación y vamos derechos al grano. Esta mañana al levantarme me dije: Este demonio de Marqués cree que todas las mujeres caen de hinojos á sus pies admirando sus bigotes, y se cree igualmente irresistible y que una mujer se pierda por haber franqueado la puerta de su casa. Pues bien; yo le probaré todo lo contrario.

MAR. Y después...

SRA. VAL. No estaré aquí más que una hora.

MAR. ¿Nada más?

SRA. VAL. Nada más, y como á ninguna mujer se la seduce por fuerza si ella no quiere, y como yo no quiero, os voy á dar la lección más extraordinaria para vos de una mujer que no teme nada.

MAR. Perfectamente.

SRA. VAL. Y que ha venido á su casa.

MAR. Por el honor de venir.

SRA. VAL. Como queráis.

MAR. Seréis la primera mujer que...

SRA. VAL. Tanto mejor; así tendré más orgullo. Aho-

- ra, señor Marqués, enseñadme esos famosos almanaques.
- MAR. ¿En seguida?
- SRA. VAL. Sí, en seguida ó me marchó; no he venido más que para verlos.
- MAR. (Haciendo un gesto significativo y dirigiéndose á la vitrina.) Vamos allá; ahora los veréis.
- SRA. VAL. ¡Ah, qué bonito! (Abre el mueble.) ¿Se puede mirar?
- MAR. Y también tocar.
- SRA. VAL. ¿Son los escudos de la Dubarry?
- MAR. Sí; pasemos adelante.
- SRA. VAL. ¿Y estos de quién son?
- MAR. Pasabére Lauzun. Nombres célebres.
- SRA. VAL. Vamos, son aguinaldos útiles.
- MAR. Y agradables á ambos sexos.
- SRA. VAL. Este me gusta. A ver lo que pone. (Lee.) «El seductor de viaje.»
- MAR. (Leyendo otro.) «El abismo del amor», y después mirad qué láminas.
- SRA. VAL. (Haciendo un gesto significativo.) Guardad esa. (Se vuelve.) A ver esta otra; ¡qué bonita es!
- MAR. (Quitándola el almanaque.) Basta: os vais á pervertir y sería una lástima. Vamos al piano; éste fué propiedad de una de las hijas de Luis XV, madame Adelaide. Vamos á cantar alguna romanza en el piano de madame Adelaide.
- SRA. VAL. Yo no canto, no señor.
- MAR. Vamos, sí, una muy cortita. (Toca dos ó tres cosillas.) Mi canción antigua; oid qué bonita.
- SRA. VAL. Si yo no tengo voz.
- MAR. Animo, yo os acompaño. (Declama.)
En vano suspiro,
decía un escritor.
- SRA. VAL. (Se sienta en el piano.) Y ahora, ¿qué queréis que cante?
- MAR. Lo primero que venga á la mano. (Hojea el libro.) Esta: «Regreso de Basilea.»
- SRA. VAL. Es decente, la voy á leer primero. (Lee)
Amar á todas las bellas,
esa es la mejor estrella.
- MAR. (Sigue leyendo.)
Es en los más calaveras
en donde el amor se ciega.

- SRA. VAL. ¡Qué bonito es esto! (Sigue leyendo.)
Adorar á una mujer
en el fondo de su alma
es la verdadera fe.
- MAR. Es la constancia importuna
y sienta mal á un francés
el no querer más que á una.
- SRA. VAL. ¡Qué ridícula canción!
- MAR. Pues es una de las canciones más bonitas.
- SRA. VAL. Pues yo no canto eso. (Se vuelve.)
- MAR. (Sentándose á su lado.) Pues bien, hablemos.
¿Qué dice en resumen esta canción?
- SRA. VAL. Tonterías.
- MAR. No tal: dice que el amor brota como la flor;
vuela como la paloma; tiene la agilidad de
las nubes, de la llama y del agua. El capri-
cho es su dueño, que se complace en su li-
bertad y en su independencía, y que parece
dormido cuando está más despierto.
- SRA. VAL. ¡Oh, cuántas cosas en una canción!
- MAR. Es que el viajero, después de haber pasado
días felices en una ciudad ayer descono-
cida...
- SRA. VAL. Basilea en Suiza.
- MAR. Si queréis residirá allí ó parte al otro día á
conocer más países?
- SRA. VAL. Si sigue su viaje es porque no encontrará lo
que desea.
- MAR. No se cansa. Viaja, cambia, y como conqui-
stador dice: no más victorias; por aquí, á lu-
char, y alcanzarlas nuevas bajo otro cielo en
otras tierras. Viajar, aprender, amar, pen-
sar, sufrir, envejecer y morir, todo es cam-
bio. El amor platónico y tranquilo, ese es el
que no cambia nunca.
- SRA. VAL. Entonces sois del amor cambiante, Marqués.
- MAR. Hipócrita no he sido nunca, digo lo que
siento. Sí, lo confieso, arde en mí ese deseo,
de cambiar; no lo puedo remediar. ¿Quién
lo ha puesto?... ¿Debo ahogar este deseo?...
Imposible. ¡Si cada vez que veo una mujer
por vez primera y la admiro me parece que
es la tierra prometida!
- SRA. VAL. ¡En donde está prohibido entrar!

- MAR. Os engañais. Cuando siento dentro de mí ese deseo febril que admira la belleza, todo desaparece, no veo más que el fin propuesto, mi futura cautiva. Aquí está delante de mí sonriente y provocativa; la quiero, cueste lo que cueste. (Se acerca á la señora.)
- SRA. VAL. ¿Y con qué derecho?
- MAR. Con el del más fuerte. (Coge sus manos.)
- SRA. VAL. ¡Ya las soltaréis!
- MAR. Sí, pero antes me vais á oír.
- SRA. VAL. Si ya sé de memoria lo que me vais á decir; promesas de amor eterno y suspiros...
- MAR. No lo creais. Esas parodias son indignas de nosotros. He leído en vuestros ojos y ellos me dicen que nos comprenderemos.
- SRA. VAL. ¿Y entonces qué?
- MAR. Mirad, francamente, nada de falsos juramentos, mentiras y seducciones que no conducen á nada. Una entrevista amorosa, una simple expansión de dos corazones caprichosos es lo que os ofrezco.
- SRA. VAL. ¿Una simple expansión?
- MAR. Sí, un capricho, pecadillo de un día, y luego, cada mochuelo...
- SRA. VAL. A su olivo.
- MAR. Y no ha pasado nada, ¿comprendéis?
- SRA. VAL. No valía la pena hacerme tan virtuosa para llegar á esto.
- MAR. ¡Callad, por Dios, no me recordéis mis palabras! Me avergüenzo de ellas. Aprecio tanto el sacrificio que os imponéis ..
- SRA. VAL. Es verdad; pero decid, ¿no me aborreceréis como á todas las demás, sin embargo?
- MAR. ¡Yo despreciaros! ¡lo podéis pensar!
- SRA. VAL. ¿Quién sabe!
- MAR. (Con fuego.) ¡Ah, no, no quiero que penéis á ningún precio!
- SRA. VAL. ¡Calmaos! Amigo mío.
- MAR. No, que no me creéis y me juzgáis muy mal. Pues bien, os voy á dar una prueba de la gran estimación que tengo por vos, ¡prueba que nunca he dado á nadie!
- SRA. VAL. (Algo contenta.) ¿Qué vais á hacer? ¿me amáis, verdad?

- MAR. ¿Que si os amo? Vais á verlo.
SRA. VAL. ¿Cómo?
MAR. Esta hora de alegría tan ardientemente deseada por mí y tan tiernamente acordada, (La señora de Valleroy hace un signo afirmativo y coquetón) pues, bien, ya no lo quiero.
SRA. VAL. ¿Qué decís? (Temiendo comprender)
MAR. Vamos, que lo rehuso.
SRA. VAL. Explicaos.
MAR. Porque os estimo y os respeto.
SRA. VAL. (Comprimiendo su indignación.) Verdaderamente; es ya un poco tarde.
MAR. Lo sé; olvidé un instante quién érais, bastante lo siento, estaba loco, perdonadme. Veo claro en nuestros corazones.
SRA. VAL. ¿En el mío? lo dudo.
MAR. No resistáis. Dejadme todo el valor, que me hace falta mucho.
SRA. VAL. Menos que á mí.
MAR. Gracias. Nos hubiéramos amado demasiado, Teresa. (Esta hace un gesto extraño al oirse llamar así.) ¿Tengo el derecho ahora de llamaros así, Teresa? ¿Si supierais qué perverso soy y que no os merezco! Os hubiéseis encariñado mucho.
SRA. VAL. ¿Por vuestras buenas cualidades, verdad?
MAR. No, aunque fuese por mis horribles vicios, por piedad, por el afán de convertirme. ¡El corazón de las mujeres es impenetrable, impenetrable!
SRA. VAL. Menos que el de algunos hombres.
MAR. Si yo os hubiera engañado, no me lo perdonaría jamás. No me gusta ver sufrir á una mujer. Basta, se ha concluído; soy fuerte y comprendo mi deber.
SRA. VAL. (Irónicamente.) ¡Ah! sí...
MAR. Valéis mil veces más que el amor. Rehusando el vuestro, os doy una prueba del mío, porque yo os mentía cuando os dije que vos me inspirabais un pasajero capricho. No, á una mujer como vos se la quiere para toda la vida, esto lo siento aquí, (Se toca el corazón.) os lo juro.
SRA. VAL. Y la hubiérais engañado lo mismo.

- MAR. ¡Naturalmente, lo mismo! ¡Y entonces, qué suplicio para los dos, hubiérais tenido que aguantar mis celos, mis cóleras, el horrible misterio de mis deseos, alternando con el de mis desprecios! ¡Y queriais que hiciese llorar á esos ojos tan divinos! ¡No, eso no, nunca!
- SRA. VAL. ¡Basta de comedia!
- MAR. En lugar de esa vida triste y violenta, tenemos...
- SRA. VAL. La amistad.
- MAR. Justamente, ese sentimiento fino y delicado.
- SRA. VAL. Y tan raro.
- MAR. Sobre todo entre el hombre y la mujer. Más tarde me agradeceréis el haber sacrificado mi felicidad á vuestro honor.
- SRA. VAL. Sois un héroe.
- MAR. Más de lo que pensáis. Vamos, sed franca. ¿Os arrepentís de haber venido aquí?
- SRA. VAL. Ciertamente, no.
- MAR. Estaba seguro. Todo se ha concluído bien. He obtenido de vos el consentimiento que no esperaba. Con la intención basta, y vais á salir de mi casa como habéis entrado: honrada y respetada. ¿No es esto encantador?
- SRA. VAL. ¡Seguramente es delicioso!
- MAR. Pierdo una amante, pero gano una amiga.
- SRA. VAL. Y una verdadera.
- MAR. Lo dudo
- SRA. VAL. ¿Pero sabéis el proverbio? Por mucha amistad que reine...
- MAR. Es preciso separarse. ¿Y qué, os váis ya?
- SRA. VAL. Sí, ya, no os molestéis.
- MAR. ¿Por qué?
- SRA. VAL. Estáis muy cansado. Adiós. (Se va.)

ESCENA IV

MARQUÉS DE PRIOLA, MORAIN y BRABAÇON

- MAR. (Con expresión alegre.) Se va furiosa. (Abre la puerta, por donde entran Morain y Brabaçon.) Os iba á llamar. (Brabaçon muy alegre y Morain tranquilo y frío.)

- BRAB. Conque se ha ido, ¿eh?
MAR. Sí, y más furiosa...
BRAB. ¿Por qué? Cuéntanos, cuéntanos.
MAR. Nada, que le hice la jugada.
BRAB. ¿Cuál?
MAR. La buena. Venía como las demás, estaba seguro de ello; después de muchas monerías, cayó.
- BRAB. ¿Y entonces?
MAR. Pues no he querido aceptar el sacrificio.
BRAB. ¡Oh!
MAR. Cállate. Esto es el cielo. Decidido estoy á no abusar más. Seamos fuertes y sigamos adelante la canción de la amistad. He pasado cinco minutos encantadores. Ella temblaba de rabia, sus ojos, dos revólvers, que si hubiesen podido disparar me atravesarían; su sonrisa, un veneno; sus manos, unas garras, con las cuales me hubiera querido extrangular. Me sentía odiado de tal manera... todo lo más que lo puede ser un hombre. Y esto, créelo, no me disgustaba, antes al contrario.
- MOR. ¿Y por conclusión?
MAR. Se fué humillada y desconsolada.
BRAB. No te perdonará nunca.
MAR. Puedes decirlo, nunca. Si le anunciaran mi muerte uno de estos días, ó aunque fuera dentro de diez años, y le dijeran que me habían asesinado, se alegraría, ¡y qué satisfacción tan grande! Pero yo la perdono.
- BRAB. ¡Sin embargo, teniéndola tan cerca, qué tonto eres! (Gesto significativo)
MAR. Si hubieses estado en mi lugar, ¿eh?
BRAB. ¡Ay! entonces si que...
MAR. ¡Pero qué torpe eres, si me debes estar agradecido, si he trabajado para tí!
- BRAB. ¿Para mí?
MAR. Pues claro, ¿no dices que la quieres, que te gusta?
BRAB. ¿Ahora que no la quieres tú?
MAR. ¡Pues por eso mismo, ahora te será más fácil. Vé á verla pronto, tiene sed de venganza.

- BRAE. ¿Sí, eh?
MAR. Ten prudencia. No te des por entendido de lo que ha pasado aquí, reviva la llaga de su amor propio ofendido, habla mal de mí, hazme traición; le dices que soy un calavera, que tengo celos de tí, que sufriría horriblemente si fueras su amante, y, en fin, hasta le puedes decir que te tengo envidia por que eres más rico que yo, y entonces, verás cómo se echa en tus brazos y te dice que eres más hermoso que Apolo. ¡Y tú, grandísimo pánfilo, lo creerás!
- BRAE (Se levanta.) Ahora mismo voy.
MAR. Ahora no tengo necesidad de tí.
MOR. (Falsa salida.) ¿Y á mí me necesitais?
MAR. A los dos; sois mis confidentes. No sé lo que me pasa. Tengo un gran deseo de reconquistar á mi mujer.
- BRAE. ¡Ya estamos! Desde ayer no piensas más que en ella.
MAR. Al verla sentí así como un latigazo. Estoy locamente enamorado de ella, y ella siempre me quiere. ¡He sido su marido, seré su amante!
- BRAE. No lo hemos visto aún.
MAR. Pero lo veremos.
BRAE. ¿Qué razones tienes tú para creer que te quiere todavía?
MAR. Muchas, porque antes me adoraba.
MOR. ¿Pero y su divorcio?
MAR. Yo lo pedí, ella no lo pudo evitar, la ley me amparaba.
- MOR. ¿Y su segundo matrimonio?
MAR. La casaron; su madre la obligó con el fin de que yo no pudiera nunca reclamarla sin volver con ella; ¡me odia tanto! pero ella obedeció y aceptó transida de dolor ..
- MOR. ¡Pueda ser que sea feliz! ¿Vos no lo sabéis?
MAR. No es feliz; sufre y se consume, me desea y me espera. Cuando yo quiera no tengo más que llamarla y en seguida vendrá.
- MOR. (Con duda.) ¿Lo creéis así?
BRAE. ¿Qué de prisa vas? ¿No sabes que tu mujer está vigilada por la señora de Savieres, que

es su mejor amiga, su confidente, que todo se lo cuenta, que ella te odia, y que nunca te dejará que te acerques á la señora de Le Chesne?

MAR. Sí, ya lo sé. La señora de Savieres puede hacer todo lo que le dé la gana, no impedirá nada. Si se cruza en mi camino, peor para ella.

BRAB. ¡Bravo, hombre, bravo!

MAR. Llegaré hasta mi mujer empezando por ella, y así el juego será más divertido. ¡Pero qué necio soy! (Pensando.) Si no tengo necesidad de acudir á estos extremos. (Abre un cajón del despacho de donde debe estar sentado y toma un paquetito de cartas.) ¿Véis esto?

MOR. ¿Cartas de la señora de Le Chesne?

MAR. Sí; las que me escribía en los primeros tiempos de nuestro matrimonio.

BRAB. Cartas muy amorosas, ¿eh?

MAR. ¡Naturalmente! Desde ayer las estoy buscando. Todo este cajón está revuelto; ¡como no lo he abierto hace ya muchos años! Pero mirad la casualidad, las primeras que cogí, las de ella. ¡Y con esto ya es mía! (Contento. Coge una carta y se la pasa á Brabaçón.) Bonita letra, ¿verdad?

BRAB. (Mirando la carta, oliéndola y pasándola á Morain.) Ingresada, ¿qué bien huele? ¿No oléis?

MOR. (Retirándose.) Gracias, no tengo olfato.

MAR. (Poniendo las cartas en abanico.) Ponla en el juego. (Se ríe.) ¿Por qué te ríes?

BRAB. De tí; pareces un nigromántico de esos que dicen: ¡pensad una cartal barajad.

MAR. ¡Aquí está el juego! ¡Esta es la carta maravillosa, en la que me dice que es mía para siempre, que aunque el destino nos separe, no tendría más que llamarla y que acudiría en seguida!

BRAB. Hermosas promesas.

MOR. Olvidadas ya.

MAR. Por eso se las voy á recordar. He copiado su carta y se la voy á enviar.

MOR. ¡Cómo! ¿Os atreveréis?

MAR. ¡Pues claro!

- MOR. No teneis temor de Dios.
MAR. ¿Qué decís?
MOR. Me parece... (Titubeando.) que el señor Le Chesne.
MAR. Un caballero no abre nunca las cartas que van dirigidas á su mujer.
BRAB. ¡Y si tuviera uno que pensar en todo!
MAR. Aquí está la carta. (La enseña en su cartera.) No tengo más que poner el sobre.
MOR. (Firme, pero frío.) Desistid y no enviéis esa carta
BRAB. ¡Y bien!
MAR. Ya lo creo que la enviaré.
MOR. Os ruego que no hagais tal cosa.
MAR. Déjame en paz. Esta carta me pertenece y y puedo hacer lo que me parezca con ella. (Esto dicho enfadado.)
MOR. Es vuestra, sí, pero no teneis derecho de ser-viros de ella para el fin que os proponéis.
MAR. (Siempre enfadado.) Ahora lo vamos á ver si no tengo derecho. (Toca el timbre y se pone á escri-bir las señas; en el mismo instante sufre un ataque, tiembla, se le va la cabeza, pero se repone en seguida, quedándose atónitos Brabazón y Morain y sigue escri-biendo, y cuando concluye se levanta.) Llevareis esta carta á su dirección.
MOR. (Atónito.) ¡Oh!
BRAB. (A Morain.) ¿Pero qué os importa?
CRIADO (Adelantándose al Marqués.) ¿Espero la contes-tación?
MAR. No. (Vase el Criado.) ¿Ves? ya está.
MOR. Caballero, habéis cometido una...
BRAB. (Parando á Morain.) ¡Morain!
MAR. Dejadle. (A Morain.) ¿Una qué?... concluye.
MOR. Ya me habréis comprendido.
MAR. ¡Ciertamente! Empiezo á comprender, no so-lamente eso, sino muchas cosas.
MOR. Y yo también.
BRAB. (A Priola.) ¡No hagás caso! ¡Si es un niño!
MOR. Ya no soy un niño.
BRAB. Dispensad.
MAR. ¿Qué te crees entonces?
MOR. Un hombre.
MAR. ¡Pobrecillo!

BRAB. Vaya, veo que estais deseando hablar á solas, me voy á casa de la señora de Valleroy. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA V

PRIOLA y MORAIN

MAR. Bueno. Cuando yo te decía que serías un ingrato, ¿tenía razón ó no?

MOR. Os engañais, no soy un ingrato.

MAR. ¡No! No has perdido el tiempo. No hacía una hora que estabas en mi casa, que ya adiviné en tí un enemigo.

MOR. ¿Yo vuestro enemigo?...

MAR. Tu silencio, tu reserva, era todo en contra mía. Abrigabas en tu corazón la aversión que viene de estallar.

MOR. No es aversión.

MAR. ¿Qué es entonces?

MOR. Mi indignación.

MAR. ¿Conque esas tenemos? ¿No encuentras otra cosa más á propósito para darme las gracias de todo lo que he hecho por tí?

MOR. ¡Dispensadme! Pero creía, según me habéis dicho, que no queríais ni gratitud ni cariño. Aprovecho ó sigo vuestras máximas.

MAR. (Con ironía.) Sí, ya lo veo.

MOR. Pueda ser que penséis ahora que me aprovecho demasiado, pero tranquilizaos, no quiero abusar más, y por eso necesitamos tener una explicación.

MAR. Te lo iba á exigir.

MOR. Sí, os debo muchos favores, y sé todo lo que habéis hecho por mí, más jamás comprendí el por qué teníais tanto interés. No me puedo quejar, pero sin embargo, me faltaba vuestro cariño.

MAR. ¿Pues qué querías entonces?

MOR. Pruebas.

MAR. ¿No te he dado bastantes?

MOR. De las que yo hubiera preferido, no. ¡No me escribíais, no os veía nunca en siete años

que he estado educándome en país extranjero, no he recibido una carta vuestra, ni el más pequeño signo de cariño.

MAR. Soy poco cariñoso.

MOR. Al principio os escribía unas cartas muy largas. Nunca me contestabáis. ¿Las leíais solamente?

MAR. He debido leerlas.

MOR. Pronto dejé de molestaros. Estabais tan lejos que os conocía apenas; una vez os vi cuando vine al castillo; ibais de caza con mi padre. La Marquesa de Priola era la que veía más amenudo. Entonces me decían, de cuando en cuando: Vuestro protector está bien de salud. El señor Marqués ha enviado el trimestre.

MAR. Pagaba muy puntualmente.

MOR. Estaba muy bien, era demasiado. ¿Pero era bastante?

MAR. No podía hacer más.

MOR. Mi educación terminada, me habéis llamado á vuestro lado.

MAR. (Con ironía sentimental) ¡Vaya una idea que tuve!

MOR. Entonces pensé que iba á conocer á mi protector; me lo imaginé; esos grandes señores ricachones y generosos, del cual yo había sido el instrumento divertido de una acción caritativa para elogiar el lujo de su existencia.

MAR. ¡Qué cursi eres, chico! ¡No seas ridículo!

MOR. Llego con el corazón conmovido, lleno de cariño y gratitud, deseando expansionarme y ¿qué encuentro?

MAR. Un monstruo.

MOR. Un alma de hiel y de desprecio. (Gesto de Priola; risa sorda.) A las primeras palabras que me oís, os burlais. Ponéis en ridículo mi gratitud torpe y tímida y que no sé cómo expresarla. De este mundo en el que voy á entrar, me hacéis, con una alegría salvaje, el más horrible cuadro. De nada sirve el cariño, la abnegación; la amistad, mentira; de la virtud, ni una palabra. No hay mujeres

buenas, todas son malas; la gente honrada no existe; todo es sensualismo y comedias, orgías y bajezas. Y por fin, si os pregunto el por qué siendo yo un extraño para vos me acogistéis y educastéis, como lo habéis hecho, me respondéis que por orgullo, que era un niño bonito, que queriais hacer de mí un nihilista elegante, otro vos, pero más perfecto. Pues bien, caballero, prometí ser lo que deseabais, pero os aseguro que ahora no lo seré.

MAR. ¿Has concluido ya de hablar?

MOR. Todavía no. Me quedé tan asombrado al oiros hablar de este modo la primera vez que tenía la necesidad de disculparos.

MAR. Eres muy indulgente.

MOR. Creía que era solo por hacer alarde de ser un calavera. ¡Inocente de mí! La realidad se interpuso, y no hace ocho días que estoy aquí y que os conozco, como á vuestras amigos, y todo me extraña, me irrita y me apena, apercibiéndome haber caído en medio de la cloaca más impura de la sociedad, y esto me repugna.

MAR. Por todas partes verás lo mismo.

MOR. No, en todas partes no, estoy seguro. Veo que teneis gusto en calumniar á todas las mujeres, os complacéis maliciosamente en humillar á la señora de Valleroy. Intentais contra la señora de Le Chesne, que os debe ser sagrada, la más horrible de las traiciones, y esto, francamente, sin pasión, sin disculpa, nada más que por hacer daño. ¿Qué quereis? No lo puedo remediar, estas cosas me sublevan, y aunque mucho os debo, no por eso me asociaré á actos semejantes.

MAR. ¿Final de todo esto?

MOR. Que me marchó de aquí.

MAR. Cómo, ¿me quieres dejar?

MOR. Sí.

MAR. Por mucho tiempo.

MOR. Guardad vuestro nombre y vuestra fortuna, señor Marqués, yo para nada las quiero. Si

habeis pensado en mí para perpetuar la raza de los Priola... no conteis más con ello, esa raza se extinguirá en vos.

- MAR. ¡Ah, sí!
- MOR. Desde luego no sabría amoldarme á ese papel. Soy hijo del pueblo, de un guardabosque y de una aldeana. No corre en mis venas la sangre aristócrata de duques y marqueses, sino la de un pobre soldado y de una campesina, que fué una madre cariñosa y buena.
- MAR. Dejemos á nuestras madres que descansen en paz. ¿Te hablo yo alguna vez de la mía?
- MOR. Peor para vos y para ella: yo alabo á mis padres, de los cuales he heredado sus buenos sentimientos, y por eso mismo os digo desde hoy: no puedo aceptar ya vuestros favores.
- MAR. Leal eres, pero tardío. Oye, dime. ¿Una vez que te veas libre y fuera de esta casa, deshonrada como dices, qué vas á hacer, de qué vas á vivir?
- MOR. Trabajando seré médico.
- MAR. ¡Buena carrera! Pero de á aquí que puedas ejercitarla..
- MOR. Obtuve el título de doctor en la Academia de Leipzig, y he cursado los exámenes en Alemania
- MAR. (Exclamando) ¿Tú? ¡Qué calladito lo tenías! ¿Y qué has hecho por allí lejos de mí?
- MOR. Ya os lo he dicho, trabajar.
- MAR. ¡Ah, pillito! ¿Conque ya eres doctor en Medicina? ¿Y en dónde fijarás tu residencia?
- MOR. No sé si iré primero á pasar algunos meses á Saint-Aubin, que tengo deseos de volver á ver. ¡Ahí me debíais haber dejado!
- MAR. Si te hubiera dejado allí te mueres de hambre. ¿Quién se hubiera ocupado de tí?
- MOR. El señor Le Chesne.
- MAR. ¿El señor Le Chesne?
- MOR. El quería.. Vos me lo habeis dicho.
- MAR. ¡Ah! ¡Conque sí, eh! ¿Habrías aceptado con alegría su protección si te hubieran dado á elegir? ¿No tendrías escrúpulo en tomar su dinero, porque es dinero honradamente ga-

nado con el sudor de los demás, pero eso es virtud? ¡Y mi mujer también! ¿Te hubieras ido con ella? Cuando niño nunca te separaste de ella.

MOR. ¡Era tan buena para mí!

MAR. Si hubieses estado más mimado y acariciado, hubieras sido el queridito de la casa. ¡Ah! ¡No me faltaba más que eso! ¡Que prefieras á los Le Chesne! ¡Me está bien empleado! ¡Mira, la verdad, siento haberme hecho cargo de tí! ¡Si fuera ahora, les dejaría el cargo á ellos! ¡Pero todavía es tiempo! Vé y que te adopten, les cuentas tus sinsabores y te recibirán como al hijo pródigo. Y son capaces de matar el cordero para festejar tu vuelta. (Dicho con pena é ironía.)

MOR. De eso no se trata.

MAR. Sí, corre á los brazos de ese excelente padre que te he quitado. Le dices lo que soy.

MOR. Ya lo sabe.

MAR. ¡No del todo! Vé y dale detalles amplios de los proyectos que tengo sobre su mujer, no la mía, la tuya, la nuestra... ¡qué sé yo!

MOR. ¡Por Dios, caballero, qué decís!

MAR. ¿Qué te extraña? Le contarás todo y añadirás esto: ¿Creeis solamente que es por verdadera indignación y horror al vicio que me echo en vuestros brazos millonarios? ¡Querido y digno caballero! ¡Pues nada de eso, nada de eso!

MOR. ¿Qué quereis decir?

MAR. Es un sentimiento de bajeza humana y natural, de la cual no me puedo dar cuenta. El señor de Priola me lo ha explicado, y es que amo á vuestra mujer.

MOR. ¡Yo amarla! ¡Estais loco! ¡No profaneis!...

MAR. Sosiégate. Yo te veo todo trastornado, y al mismo tiempo encantado de lo que me estás oyendo.

MOR. ¡Qué disparate, eso no!

MAR. ¡Pero si no impedirás nada! ¡Te digo que la amas!

MOR. No la amo, la admiro y la compadezco.

MAR. ¡La amas, sí, la amas, hace ya mucho tiem-

po! Cuando eras niño, era para tí como una hermana mayor, con sus caricias dulces y juguetes que ella te compraba. Luego fué para tí como una segunda madre; enjugó tus lágrimas de jovenzuelo. Estas cosas nunca se borran de la memoria, al contrario, se recuerdan con cierta poesía. Por eso, al verte á ver después de tantos años de separación, no de olvido, la encuentras más hermosa, te parece menos material, la ves con otros ojos. Recuerdas con calor, cuando vuestras manos se estrechaban, cuando ella te besaba en la frente, y eso te estremece. Y por conclusión ves á la exquisita madrina de tu juventud, toda dolorida y desgraciada, esposa resignada de un viejo geronte, en vísperas de caer en las redes de un vil seductor. ¡Ah! Entonces tu corazón no puede más, estalla, la compadeces en el fondo de tu alma. A tu edad yo hubiera hecho lo mismo. La encuentras noble é interesante. No quieres que la hagan daño, mas no quieres ni que hablen de ella ni que nadie la tropiece. ¿Ves? ¡No eres más que un enamorado!

MOR. Basta caballero, no hablemos más. Decididamente nunca nos entenderemos.

MAR. Tienes mucha razón. Ni yo, ni París, ni el mundo entero, somos algo para tí. Vete, sí, vete á Saint-Abin, al pueblo, á la aldea, á ver la casucha donde naciste, el campanario de la iglesia donde te bautizaron. Sí, sí, al pueblo, al pueblo. No valía la pena que te mandará á educar tan lejos y por espacio de tantos años, que te hiciera aprender tres lenguas, para este resultado! ¡He sido robado! ¡Paciencial!

MOR. Sé muy bien todo lo que habéis gastado conmigo y yo os lo devolveré, encontraré el medio.

MAR. ¿A mí qué me importa todo eso? Te he dejado hablar á tu gusto y habrás visto que he tenido mucha paciencia en escucharte. Bien, amigo mío, eres un buen chico y tienes bue-

nos sentimientos, pero todavía no sabes lo que es la vida; entras en ella. Después que hayas sufrido lo que todos pasamos, ¡verás! Ser engañado por las mujeres que ama uno, derramar lágrimas hasta que no te quede una, entonces hablarás, pero entonces será tarde. Con tus ideas, no tendrás más que decepciones y miseria.

MOR.

No tengo miedo.

MAR.

No lo tiene uno antes. En viendo las mías, tendrás una felicidad relativa; la única que puede uno tener es, dominarse en el desprecio y en la cultura del mal, porque en el bien, el bien, no tiene nada de particular.

MOR.

Yo, ya hice mi elección.

MAR.

Haz lo que quieras. Tú irás dentro de algunos días. (Fijandose en el movimiento de Morain.)

¿Mañana si quieres?

MOR.

(Resuelto.) Esta misma noche.

MAR.

Es muy pronto. Deja pasar esta noche, la noche es cuena consejera, y lo puedes consultar con la almohada.

MOR.

Es inútil, mi resolución es irrevocable.

MAR.

¡Tú que sabes! en fin, de aquí á que te marches, hazme un favor.

MOR.

¿Cuál?

MAR.

Arreglarme ese cajón.

MOR.

¡Yo!

MAR.

Sí, arregla esas cartas, ponlas en orden.

MOR.

¡No puede ser, yo no puedo!

MAR.

Bien puedes hacer eso por mí, es lo último que te pido. (Coge las cartas y las tira sobre otro mueble y caen algunas al suelo.) Mira este paquete, de todo hay, papeles viejos, rizos, flores, una trapería de veinticinco años, mete la mano, hombre, ¿qué, no te atreves? (Le coge el brazo) Luego, cuando estes solo, coge el montón á la casualidad. Ves que te doy una prueba de gran confianza, aquí verás lo que pesan los juramentos eternos, el amor y el honor de la mujer y lo que vale.

MOR.

¿Y el hombre?

MAR.

¡También! No valen mucho, ni el uno ni el otro. Todo es harina del mismo saco. Vaya, adiós, te dejo. (Se va.)

ESCENA VI

MORAIN, solo

Sí, sí, adiós. (Va á la mesa.) arregla este cajón.
(Echa todas las cartas juntas.) Todas, todas á la
sepultura. (Ve un retrato de mujer, lo coge, lo mira,
reconoce en el á su madre y cae de rodillas llorando.)
¡Madre, madre mía! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

En casa de los de Savieres. La escena representa un saloncito; tres puertas, una en el foro que simula dar á una escalera y dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA DE SAVIERES, SAVIERES su marido y la DONCELLA. Al levantarse el telón la señora de Savieres está sola, triste y pensativa, con los ojos bajos; tiene en las rodillas un libro abierto, pero que no lee. La puerta del cuarto de su marido se abre bruscamente y aparece Savieres dispuesto para salir, con el sombrero puesto

DOCTOR Tengo que salir, pero volveré pronto. El señor Priola, vendrá; me ha escrito que tiene absoluta necesidad de verme; si viniera antes que yo regrese le haces esperar en mi despacho.

SRA. SAV. Bueno.

DOCTOR (Fijándose en ella.) ¿Qué tienes? ¿estás enferma?

SRA. SAV. No, no tengo nada.

DONC. (Entrando.) Señorita, la señora Le Chesne está aquí.

SRA. SAV. Que pase. (La Doncella sale.)

DOCTOR Tened mucho cuidado que no se quede mucho tiempo, que el otro va á venir y si se...

SRA. SAV. Vete tranquilo, no tengas cuidado que yo no los uniré, y además, en este salón no se encontrarían.

DOCTOR Hasta luego. Adiós.

ESCENA II

SEÑORA DE SAVIERES y SEÑORA LE CHESNE

SRA. SAV. No te esperaba.

SRA. CHES. Te tengo que hablar. (Le enseña una carta)
Mira lo que he recibido.

SRA. SAV. (Sacando del sobre la carta y lee.) «Mi querido y muy amado.» (Mira á la señora Le Chesne.) No comprendo.

SRA. CHES. Ahora te lo explicaré. El Marqués de Priola conserva mis antiguas cartas y ha escogido una de las que le escribía en los primeros años de nuestro matrimonio.

SRA. SAV. ¿Y cómo es eso que le escribías viviendo juntos?

SRA. CHES. Es que entonces como no me atrevía á decirle de palabra lo mucho que le amaba, le escribía para expresarle de esa manera... Sí, riete.

SRA. SAV. No me río, sigue.

SRA. CHES. Ha copiado una en la que yo le juraba que sería siempre suya, ocurriera lo que ocurriera, que le adoraba y que él sólo era mi dueño.

SRA. SAV. ¿Y te ha enviado esa carta á tu casa?

SRA. CHES. Sí, me la dieron ayer y delante del señor Le Chesne.

SRA. SAV. ¿No te turbaste? Al menos...

SRA. CHES. No tengas miedo, ya sé disimular. Solamente desde ayer no sé lo que me pasa, estoy toda trastornada.

SRA. SAV. No hay para tanto.

SRA. CHES. Desde que leí las primeras líneas no sé lo que pasó por mí, volvía á mis primitivos tiempos; cuando le escriba yo estas cartas; ¡el pasado vuelve!

SRA. SAV. Entonces ¿qué es lo que piensas hacer? ¿le vas á contestar?

SRA. CHES. ¿Por quién me tomas?

SRA. SAV. ¡Pcr una mujer que corre hacia un abismo! Ya te lo dije en el baile de la embajada. Vete sin volver los ojos. ¡No me hiciste caso! y hoy estás loca.

SRA. CHES. ¿Qué quieres? si le amo.

SRA. SAV. ¿Crees que le amas? Pero á él no le amas, lo que amas son los recuerdos de tu juventud, tu pasado menos halagüeño que el porvenir.

SRA. CHES. ¡No! es él sólo á quien amo; sí le amo, lo siento aquí.

SRA. SAV. Pero él no te quiere.

SRA. CHES. ¡Qué importa!

SRA. SAV. ¡Si así lo tomas!

SRA. CHES. ¡Quién sabe! todavía pueda ser que me ame.

SRA. SAV. Eso es imposible.

SRA. CHES. Está ya en camino, ya me amará.

SRA. SAV. Nunca. No te hagas ilusiones. En él no hay más que el capricho, la curiosidad criminal y sed de venganza.

SRA. CHES. Dios mío, ¿vengarse de qué?

SRA. SAV. De tu tranquilidad, de tu nueva posición social. Es un destructor y un envidioso que desea echar en ruinas tu felicidad presente.

SRA. CHES. Mi felicidad, si él supiera ..

SRA. SAV. ¡Quéjate! Todo lo tienes. Un marido bueno, generoso y de altos sentimientos.

SRA. CHES. Sí, un viejo.

SRA. SAV. El corazón más noble que hallarse puede en el mundo.

SRA. CHES. ¿Y qué me importan á mí sus cualidades? Lo que á él mi cariño. ¡No le amo! y para nosotros dos basta.

SRA. SAV. Sí, ¿eh? Y tu Priola á ese no le puedes tener estima, sino desprecio.

SRA. CHES. ¡Pero si le amo!... no lo puedo remediar.

SRA. SAV. ¿Después de la conducta infame que ha tenido contigo?

SRA. CHES. Aun así.

SRA. SAV. Te ha engañado con un sin fin de mujeres: á ellas les dice lo mismo que te decía á tí;

te ha hecho derramar raudales de lágrimas, ¿y aun así le quieres?

SRA. CHES. Sí, fué mi primer amor.

SRA SAV. Eso no es amor. El amor verdadero, sublime, el que nos eleva y nos exalta, ese amor, no lo comprende él y no lo puede tener. El amor que él te ha inspirado, es el de la lujuria, no sientes más que el no disfrutar de sus caricias, de sus besos. No has sido solamente manchado tu cuerpo por ese ser impuro, sino que también ha degradado tu alma. ¡Ah, Juana, Juana! ¿Dónde están tus creencias de jovencita, tu religión, tu corazón tan bueno? ¡La verdad, no te reconozco!

SRA. CHES. ¡Si no me reconozco yo misma! Me tolero, me aborrezco, pero amo, y sufro lo que no te puedes imaginar.

SRA. SAV. Todo por tu culpa.

SRA. CHES. Pero no sufro menos por eso.

SRA. SAV. Domina tu dolor.

SRA. CHES. Eso es fácil decirlo.

SRA. SAV. Y hacerlo también es fácil si yo estuviera en tu lugar.

SRA. CHES. Tú no eres lo mismo que yo.

SRA. SAV. ¿Y por qué no es lo mismo? dirás.

SRA. CHES. Porque tú eres de una religión negativa y te aleja. .

SRA. SAV. Al contrario, me enaltece.

SRA. CHES. Que te ha hecho el alma de hielo, implacable con los demás, inaccesible á la piedad y de una religión sin ternura que maldice el amor.

SRA. SAV. ¡El tuyo, sí!

SRA. CHES. Porque, en fin, tú eres una mujer del deber, por encima de lo humano. Nunca has experimentado mis sufrimientos, siempre tu corazón ha estado vacío y tranquila tu conciencia; ¡por eso hablas así!

SRA. SAV. ¡Así lo crees! ¡Ahí está tu orgullo egoísta! te imaginas que no hay otra en el mundo para sufrir y amar más que tú. ¡Te engañas, amiga mía! Yo no soy más que una pobre mujer sujeta á los mismos males, á las mismas pasiones y á las mismas miserias. ¿Crees que

soy feliz? ¡no lo soy! ¡soy muy desgraciada!
¿me crees impasible? ¡Ah, amiga mía! ¡Si tú
supieras!

SRA. CHES. ¿Qué me dices?

SRA. SAV. Conozco como tú, la traición de los hom-
bres, los celos y la soledad. ¡Yo también he
llorado! ¡Pero yo tenía que esconderme y
secar mis lágrimas, porque no tenía á nadie
que me consolara! ¡Mientras que tú, cuando
lloras, me tienes á mí!

SRA. CHFS. ¡Querida amiga mía!

SRA. SAV. En fin, ¡yo también fui tentada por el de-
monio y en visperas de caer en el abismo!

SRA. CHFS. ¿Tú?

SRA. SAV. ¡Te extraña!

SRA. CHES. ¿Cómo has hecho?

SRA. SAV. ¡He sabido resistir!

SRA. CHES. ¿Hasta ahora?

SRA. SAV. ¡Oh! ¡ahora no temo nada! Bastante me ha
costado lo pasado para responder del porve-
nir y después ya me estoy haciendo vie-
ja, y...

SRA. CHES. ¡Sigue! ¡Háblame! ¡el escucharte me consue-
la tanto! Te quiero más aún, viendo en que
somos no solamente amigas, sino compañe-
ras de infortunio.

SRA. SAV. Entonces, ¡imitame!

SRA. CHES. Yo no puedo.

SRA. SAV. ¡Di que no quieres!

SRA. CHES. Ya no tengo voluntad propia.

SRA. SAV. ¡Pues yo tendré por tí y contra tí! yo te sal-
varé. ¡Puesto que hay que luchar con el se-
ñor de Priola, lucharemos! Yo no le tengo
miedo; justamente le estoy esperando.

SRA. CHES. ¿Aquí, en tu casa?

SRA. SAV. Sí, aquí.

SRA. CHES. ¡Ah! ¿Por qué?

SRA. SAV. No te exaltes, no creas que viene á buscar-
te. Tenía cita con mi marido, que ha tenido
que salir por precisión, y no se podrá figu-
rar que estás en mi casa. Cuando venga lo
recibiré aquí y tú te esconderás en mi
cuarto.

SRA. CHFS. ¡Oh!

SRA. SAV. Tú escucharás lo que digamos. Yo no le hablaré más que de ti. Sabes que yo no soy coqueta. Pues bien, no estará aquí diez minutos sin que me haya hecho el amor.

SRA. CHES. ¡Eso sí que no lo creo!

SRA. SAV. ¿Aceptas?

SRA. CHES. ¡Acepto! pero...

SRA. SAV. ¡Titubeas! ¿Tienes miedo? Vaya, ¿no estás segura de su amor?

SRA. CHES. No es eso.

SRA. SAV. Entonces, qué, ¿tienes celos de mí?

SRA. CHES. ¡Qué cosas tienes!

SRA. SAV. Oigo pasos, decídate pronto.

SRA. CHES. ¡Me quedo!

SRA. SAV. Vete pronto, por aquí. (La señora Le Chesne entra en la otra pieza.)

ESCENA III

LA SEÑORA DE SAVIERES y UN CRIADO

CRIADO Señora... El señor Marqués de Priola.

SRA SAV. ¿Le habéis dicho que aguarde al Doctor?

CRIADO Sí señora, pero ha preguntado si la señora podría recibirle.

SRA SAV. ¿Y qué le habéis contestado?

CRIADO Que no sabía, que le iba á pasar recado á la señora.

SRA. SAV. ¡Esto es insoportable! Decidle que pase, lo recibiré. (El Criado se va y vuelve introduciendo al señor de Priola.)

ESCENA IV

SEÑORA DE SAVIERES y PRIOLA

SRA SAV. Caballero, me han dicho que deseabais verme.

MAR. Así es, señora.

SRA. SAV. Yo también.

MAR. ¡Cuánto me alegro que hayamos tenido el mismo deseo!

SRA. SAV. Si me permitís, empezaré yo. Se trata de la señora de Le Chesne. La habéis hablado en la embajada y ayer la habéis escrito.

MAR. ¿Y qué?

SRA. SAV. Os ruego que no paséis adelante.

MAR. ¿Es ella la que os ha encargádo de decirme lo?

SRA. SAV. Sí, es ella.

MAR. ¿Quién me lo prueba?

SRA. SAV. ¡Yo lo digo y basta!

MAR. ¡Oh! ¡eso no es una prueba! ¿Quién me dice que no sois vos la que dáis este paso, teniendo dos buenas razones para ello?

SRA. SAV. ¿Cuáles?

MAR. La amistad que profesáis á mi mujer y el odio que me tenéis.

SRA. SAV. No hablemos más que de la amistad.

MAR. No, tratemos de ese odio.

SRA. SAV. En efecto, quiero á Juana, como si fuera mi hermana.

MAR. ¡Y á mí me aborrecéis! Vamos, confesadlo.

SRA. SAV. Eso, poco importa, y en fin, vos tampoco me queréis.

MAR. ¡Os equivocáis!

SRA. SAV. ¡Podéis!...

MAR. Sois la sola mujer en el mundo á quien estimo y respeto.

SRA. SAV. ¡Que duro sois para las demás!

MAR. No soy más que justo para vos. ¡Entre el vil rebaño de las mujeres, sois la sola excepción sublime!

SRA. SAV. ¿Y porqué hacéis esa excepción?

MAR. ¡Por la energía de vuestras virtudes! ¡la nobleza de vuestros sacrificios! Forzais la admiración y desarmáis la calumnia; los groseros deseos de los hombres, apenas nacen mueren en seguida. Estáis tan alta, que nadie os alcanza. En fin, os contemplo con una deferencia recogida en la más pura encarnación de belleza moral que conozco.

SRA. SAV. Basta. Voy á tener orgullo.

MAR. Y para demostraros mejor que con palabras la sinceridad de mis sentimientos de estimación y respeto, que no soy pródigo en

- ellos, cedo á vuestros ruegos y me desintere-
reso por completo de la señora Le Chesne.
¿Estaréis contenta?
- SRA. SAV. ¿Cumpliréis vuestra promesa al menos?
MAR. Lo veréis. Vuestra amiga que os lo cuenta
todo, os lo dirá.
- SRA. SAV. Os doy las gracias.
MAR. Eso no vale la pena.
- SRA. SAV. Semejante sacrificio...
MAR. No lo penséis.
- SRA. SAV. ¿Cómo?
MAR. Yo no tengo ningún secreto para vos. Otro
que yo se alabaría impunemente del favor
que os concede y de atribuir todo el mérito
á una insidiosa segunda intención de sedu-
cir vuestros encantos.
- SRA. SAV. ¿Vos no?
MAR. No, creedlo; me es completamente igual no
volverme á ocupar de mi mujer.
- SRA. SAV. ¿Me dais vuestra palabra?
MAR. De honor. Si no la amo; nunca la amé.
- SRA. SAV. Entonces, ¿por qué os casastéis con ella?
MAR. Por despecho; amaba á otra.
- SRA. SAV. ¿Por qué no os casastéis con la que ama-
bais?
MAR. Era casada.
- SRA. SAV. ¿Habéis sido amante suyo?... Para vos era
muy fácil.
MAR. Era una mujer honrada.
- SRA. SAV. ¡Hombre, hay todavía mujeres honradas!
MAR. Más de lo que parece; solamente que no se
debe decir.
- SRA. SAV. Pero yo no comprendo por qué si mi amiga
os es indiferente habéis intentado que vuel-
va con vos, y por qué le habéis hablado y
escrito.
- MAR. (con misterio.) Tenía mis proyectos.
SRA. SAV. ¿Proyectos?...
MAR. No busquéis; no los encontraréis. Se refieren
a una persona.
- SRA. SAV. ¿A una mujer honrada?
MAR. Justamente.
- SRA. SAV. ¿La conozco yo?
MAR. La conocéis.

- SRA SAV. Decidme su nombre.
MAR. No.
SRA SAV. ¿No tenéis confianza en mí?
MAR. Sí la tengo, pero no me creeréis.
SRA SAV. Vamos, decid, pues.
MAR. ¿Lo queréis?
SRA SAV. Sí.
MAR. Sois vos.
SRA SAV. Yo, la excepción sublime, la belleza moral que los deseos groseros de los hombres... (se ríe.) ¡Ah, no!... Os suplico .. os ruego...
MAR. ¿Véis como no me creéis?
SRA SAV. No, no os creo.
MAR. ¿Y si yo os diese pruebas de que os amo?
SRA SAV. ¡Ah, si hacéis eso!...
MAR. Escuchadme. He tenido más de cien amantes.
SRA SAV. ¿Nada más?
MAR. Pero un solo amor.
SRA SAV. ¿Y ese soy yo?
MAR. Sí, vos. Desgraciadamente para mí, cuando os conocí era demasiado tarde; os acababais de casar.
SRA SAV. Si yo lo hubiese sabido...
MAR. Al sentir que os perdía para siempre... creí morir.
SRA SAV. ¿De pena?
MAR. No; me quise matar.
SRA SAV. ¿Y qué os detuvo?
MAR. Mi cobardía.
SRA SAV. ¿Teméis la muerte?
MAR. No; pero tenía miedo de separarnos, y en un acto de locura me casé con Juana, y desde entonces nos hemos visto siempre. Ni una hora, ni un momento he dejado de pensar en vos, de admiraros en silencio y de desearos sin esperanza. El mismo día de mis bodas en la iglesia, delante del altar, bajo la mano del sacerdote que me unió á Juana, en mipensamiento me casaba con vos.
SRA SAV. ¿Ni siquiera me podéis decir cómo era el vestido que llevaba?
MAR. Heliotropo con hilillos de plata. Un vestido al estilo de Luis XVI, ya véis si lo sé.

- SRA. SAV. ¡Qué memorial
MAR. ¡Qué recuerdo!
- SRA. SAV. Sí; pero no os creo. Si me amabais desde entonces nunca me lo habéis dicho: ¿qué esperabais?
- MAR. Un momento propicio. Ya llegó. ¡No sois feliz!
- SRA. SAV. ¡Sí, señor; soy muy feliz!
- MAR. Sí, felicísima. Tenéis por marido un hombre brusco, egoísta, ateo, que no sabe comprenderos, que se ha casado con vos nada más que por vuestro dinero, que no os ama y que os engaña.
- SRA. SAV. Mentís, caballero.
- MAR. ¿Tenéis al menos un hijo que os haga amar esta vida y poder saciar en él la sed de ternura que os devora?
- SRA. SAV. (Triste y aparte.) Por desgracia, no.
- MAR. Un ser pequeñito, adorable, que pudieréis estrechar contra vuestro corazón dolorido. (La señora de Savieres se contiene el llanto.) No; hasta eso vuestro marido os lo prohíbe lo mismo que os niega el amor conyugal. ¿Tenéis algún amante?
- SRA. SAV. (Se levanta erguida.) ¡Jamás!
- MAR. Ya lo sé. Ese orgullo insensato que tenéis al que llamais un deber, no es más que una abdicación; es una imposición que os hacéis en amar aunque no podais.
- SRA. SAV. Pero no de esta manera
- MAR. Pobre infeliz. ¿Tenéis mucha fe en vuestra religión?
- SRA. SAV. ¡La tengo, gracias á Dios!
- MAR. No. (Designa con el dedo el libro que está sobre la mesa.) Leéis la Biblia y tenéis los ojos llorosos. No os habéis consolado todavía. Luchais entre lo imposible y la desesperación. Pedís socorro al Todopoderoso, y Este no viene en vuestra ayuda.
- SRA. SAV. Ya vendrá.
- MAR. Demasiado tarde llegará ese socorro; buskais á aturdiros, ó distraeros, vigilais á la señora de Le Chesne, queréis salvar su honra y hacéis obras de caridad; vais en casa de los

pobres en las calles Blomet y otras, allá por Vaugirard.

SRA. SAV. ¿Cómo lo sabéis?

MAR. Os he seguido cien veces por todas partes; en los barrios más bajos y más sucios os he visto entrar en las casas más pobres y miserables, en las inmundas bohardillas, y decidme, ¿qué habéis encontrado allí?

El amor, ese está por todas partes.

SRA. SAV. En donde se sufre hay amor, es verdad, tenéis razón.

MAR. Sufrir no es nada; se llora, se suspira, grita uno, y así se desahoga, pero no se muere uno. ¿No tenéis varios ejemplos? Mi mujer, que me ama, vive. El viejo Le Chesne que la adora, vive, y eso que tiene un pie en el sepulcro, pero vive; el joven Morain que la quiere también con el casto ardor de sus veinte años, está rebosando salud, y todas aquellas mujeres que sedujo, engañé y repudí han vivido, y algunas viven todavía llenas de recuerdos y pesadumbres.

SRA. SAV. ¡Remordimientos!

MAR. Si queréis, sea por penitencia ó por maldición, el caso es que viven. Pero vos no vivís, os morís.

SRA. SAV. Bien lo desearía.

MAR. Y sin embargo, vivís para el amor. (Se adelanta hacia ella que se retira poco á poco pero ya fascinada, perdiendo poco á poco la fuerza moral.) Huís de él, él os persigue. Creyendo tener odio, no tenéis más que hastío.

SRA. SAV. Dejadme.

MAR. Habréis venido de tan lejos y tan tardía para abismaros con más desatino. Estais hecha para él. Todo en vos le llama y le atrae.

SRA. SAV. (Muy turbada.) ¡Por Dios, caballero!

MAR. (Con más ardor) Esos ojos, esos labios, esos cabellos, ese cuerpo magnífico y predestinado... ¡Ay, es como un edificio vacío!

SRA. SAV. ¡Salid de aquí, os lo ruego!

MAR. Me voy; os obedezco, pero no antes de haber oído de vuestros labios una promesa de esperanza.

- SRA. SAV. ¡No, nada; si yo no os amo!
MAR. Pero ya me amaréis.
SRA. SAV. Si es imposible, si os aborrezco.
MAR. Por eso mismo, por el odio concluye el amor, pero algunas veces empieza con él. ¡Pero me amaréis! ¡Sí, ya me amaréis! ¡Lo quiero yo, que os adorol (La va á coger en sus brazos.)
SRA. SAV. (Desprendiéndose.) ¡Juana, Juana! (La señora Le Chesne entra en escena después de haber escuchado toda la conversación.)

ESCENA V

LOS MISMOS y la SEÑORA LE CHESNE

- MAR. (Estupefacto, á media voz.) ¡Ay, qué bribonas, me han cogido!
SRA. CHES. Sí, señor, le hemos cogido. Vamos á ver cómo vais á salir del paso. ¿Qué nueva extratajema vais á inventar? ¿Os atreveréis á mentir todavía? ¿Pretenderéis que sabiais que estaba yo escuchando detrás de esta puerta?
MAR. (Dominando su coraje.) No, señora; ignoraba que estuviérais escondida
SRA. CHES. Al fin confesó.
MAR. Ignoraba que os hubiéseis puesto de acuerdo con vuestra amiga para tenderme esta red. Habéis triunfado, ¿pero cuál ha sido el resultado? (A la señora de Savieres.) Os he hecho caer de ese pedestal de honra y de virtud. He turbado la tranquilidad de vuestro corazón.
SRA. SAV. No, señor. Era pura comedia.
MAR. Mal interpretada con desmayos, (A la señora Le Chesne.) y vos, los celos que os matarían de haberme visto á los pies de vuestra amiga. Estaré siempre entre las dos y me amaréis mucho más que antes.
SRA. CHES. Caballero, os equivocais; queréis hacer daño hasta lo último, pero inútil, no os canséis. Sé muy bien que no ha pasado nada entre vos y mi amiga, á la que quiero todavía más

que antes, y estoy sumamente agradecida de haberos quitado la careta. Y en cuanto á vos, ¡habéis matado en mí hasta el odio y el desprecio, sois un miserable y me repugnaís! (Va á salir, pero la puerta se abre y el señor de Savieres aparece con Morain)

ESCENA VI

LOS MISMOS y SAVIERES y MORAIN

- DOCTOR (Sorprendido de ver á la señora I.e Chesne.) ¿Vos aquí, señora? (Mirando la emoción en las caras de Priola y otros.) ¿Qué ha pasado?
- SRA. CHES. (Designando á Priola.) Este caballero os lo dirá. (Vase.)
- MAR. Ahora mismo. Pasa, que estas señoras...
- MOR. (A Savieres.) Dispensad y acordaos...
- DOCTOR Es verdad. (A Priola, designando á Morain.) Este caballero desea comunicaros una cosa de alta importancia que no puede dilatarse por más tiempo. Juntos os dejo, hasta luego. (A la señora de Savieres.) Vámonos. (Vanse los dos.)

ESCENA VII

PRIOLA y MORAIN

- MAR. ¿Pero qué significa esta comedia y todo este misterio? Ayer te dejé sumido en la lectura de mis cartas amorosas y no te he vuelto á ver, desapareciste. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? Yo no sé por qué se me figura que tienes designios contra mí y que me vas á hacer traición. ¡Vamos, habla, contesta, discúlpate! (Morain se adelanta hacia Priola muy despacio y le enseña el retrato de su madre. Priola se turba al reconocer el retrato de la madre de Morain.)
- MOR. ¿Qué es esto?
- MAR. Es el retrato de mi madre de la cual habéis sido su amante.
- MAR. ¡Estás loco!

- MOR. ¡No! Encontré este retrato entre los otros de vuestras antiguas... pero mi madre murió de pena, como mi padre se suicidó desesperado.
- MAR. ¡No sabes lo que dices!
- MOR. (Mirando fijamente á Priola.) Lo sé todo, y ayer me enteré, y me han informado personas que están al corriente de ello.
- MAR. (Sosteniendo la mirada.) Bueno, ¿y qué?
- MOR. Sois el asesino de mis padres y los quiero vengar.
- MAR. ¿Cómo?
- MOR. Lo vais á ver. ¡Os podía matar, lo debería hacer!
- MAR. Harías un buen negocio.
- MOR. Algo mejor que eso. Hace veinte años que vivís de una vida relajada, practicando impunemente la maldad y el crimen, y creéis que vais á vivir mucho tiempo. Pues os engañais. Estais en vísperas de morir. Esa deplorable vida es vuestro castigo; os lo anuncio para que en estas pocas horas que Dios os deja de vida os arrepintais y pidais perdón de todos vuestros crímenes y malas acciones, y que este tiempo lo paseis en la angustia y en el temor del castigo.
- MAR. ¡Querido! ¿Y qué castigo me ha reservado Dios?
- MOR. ¡La muerte!
- MAR. Naturalmente. ¿De quien me vendrá? ¿De un amante celoso, de un marido engañado ó de una niña seducida?
- MOR. De vos mismo.
- MAR. Me suicidaré entonces como mi padre.
- MOR. O como el mío. No, nada de eso.
- MAR. Entonces, ¿cómo?
- MOR. La muerte está en vos.
- MAR. ¿Estoy enfermo?
- MOR. ¡Muy enfermo! No hay salvación.
- MAR. ¿Qué es lo que tengo? Dímelo, puesto que eres brujo.
- MOR. ¡No soy brujo! ¡Soy médico!
- MAR. Ya lo sé, gracias á mí.
- MOR. Ahora ya nos hemos pagado.

- MAR. ¡Acabemos! ¿De qué me voy á morir?
MOR. De vuestros propios vicios. La parálisis os amenaza. Desde que os conozco observo los síntomas del mal, sigo sus rápidos progresos. Vuestros desarreglos han envenenado vuestra sangre, la sangre de los Priolas, sangre de la cual tanto os enorgulleceis, que arrastra las inmundicias de algunas generaciones, á las cuales habéis añadido las vuestras. La perversidad de vuestro espíritu, iguala á la depravación de la bestia. Y como habéis pasado vuestra existencia, haciendo daño, ese daño implacable...
- MAR. Pues me vanaglorio.
MOR. Hoy sois víctima de este mal que no perdona.
- MAR. ¡Vamos, hombre!
MOR. Habéis hecho sufrir; sufriréis en silencio. Vuestra profesión no ha sido más que corromper. Pues estáis podrido; nada más justo.
- MAR. No me dices nada nuevo. Pero todavía no has alcanzado tu venganza. Se perdió como una cápsula mojada, ya sabía yo todo esto.
- MOR. No lo sabéis.
MAR. (Con furia.) Sí lo sabía.
MOR. Tanto peor para vos.
MAR. ¡Qué duro eres para mí! ¡Que refinamiento en tu crueldad! No esperaba eso de tí.
- MOR. No tenéis ya nada que esperar de mí, mañana me voy.
- MAR. ¡Quiá! ¡qué te has de ir ahora! ¡el niño de la casa, que toda va á ser tuya! Este viejo ya..
(Hace gestos de quien se va á morir pronto)
- MOR. ¡Callaos, miserable! He podido tener una hora de locura cuyo sólo recuerdo es un remordimiento. Pero la perfidia de vuestros consejos, la alegría mal disimulada animándome á ellos, me han bastado para ver claro. He rechazado toda idea culpable, y mañana parto para siempre.
- MAR. Eso es. Y yo, mientras tú vivirás lejos, joven, hermoso, brillante, virtuoso y feliz, yo envejeceré sólo, abandonado de todos.

- MOR. Hasta del mismo Brabaçon.
MAR. Abatido por la enfermedad, lleno de impotencia y de rabia, llamaré á la muerte, que no me oirá. ¿Eso es lo que quieres? tú Decididamente no me conoces. Antes de sufrir tal tormento me mataría mil veces.
- MOR. No intentaréis mataros ni una sola vez.
MAR. ¿Creéis que tengo miedo?
MOR. Sí, los infames son cobardes.
MAR. (Haciendo un movimiento para abofetearle.) Si no fueras tú...
- MOR. (Muy frío) Y aunque os quisierais matar no podríais. Os lo impedirían.
MAR. Aunque así fuera, ¡verdugo! no me podrás impedir de pensar y de dominar mi rabia y mi desprecio. Estoy por encima de todo lo que me pueda suceder, compéndelo bien. Si es la muerte brutal y repentina, la espero en todas partes, donde quiera, hasta en mi misma cama. Si es la vida la que me aguarda llena de sufrimientos y enfermedades, la espero sin temblar y de pie. (Se tambalea pero no cae.)
- MOR. (Ayudándole á que no caiga.) Cuidado, que os vais á caer.
MAR. (Desprendiéndose de los brazos de Morán) Me burlo yo de la vida. (Con una risa sardónica.) ¡Ah, la vida! si he gozado en ella de todo, nada me ha rehusado y todo me lo ha dado. ¡Ah, sí, la vida!
- MOR. ¡Menos el amor! Habéis corrido tras él y jamás le habéis hallado.
MAR. Porque no existe.
MOR. Porque no lo habéis buscado más que en los placeres de la lujuria.
MAR. Al menos yo he sido amado como tú nunca lo serás, me han adorado.
MOR. Maldecido, sí.
MAR. He brillado en todas partes. No tengo pena por nada. He pasado por el mundo haciendo lo más hermoso.
- MOR. ¿Qué es?
MAR. Ruinas.
MOR. Mañana seréis una de ellas.

MAR. Y como nunca he sabido amar, os haré ver á todos cómo sé odiar. Hasta mi último suspiro blasfemaré. No me moriré sin escupir en la cara de este mundo abyecto, hipócrita y grosero que no ha sabido comprenderme. El desprecio que tengo de sus leyes inicuas, de su falsa moral, de sus religiones tan interesadas las unas como las otras, con sus promesas del castigo y el premio de la otra vida, ó sea el cielo ó los infiernos. (Acercándose á Morain y poniéndole la mano sobre el pecho, víctima de un feroz delirio.) ¿Y tú? ¡Tú, que eres la única persona que he amado en este mundo, te vas tan tranquilo sin tan siquiera volver los ojos después de haberme asesinado! ¡Mírame bien! ¡Mírame! ¡Soy tu padre!

MOR. (Una exclamación de horror) ¡Ah! (Al mismo tiempo, Priola cae inanimado en los brazos de Morain, que lo echa en el sofá y abre la puerta por donde se han ido los demás.) ¡Pronto! ¡Venid! ¡Socorro!

ESCENA ULTIMA

LOS MISMOS y los SEÑORES DE SAVIERES

DOCTOR (Acudiendo á los gritos.) ¿Qué pasa?

MOR. (Inmóvil y titubeando.) No sé. Se ha caído. (El Doctor se acerca á Priola y lo ausculta.)

SRA. SAV. (Bajito.) ¿Qué hay?

MOR. ¿Está muerto, ó se ha muerto?

DOCTOR No. Desmayado-sólamente. Un ataque de parálisis. Dentro de seis meses quedará ciego é impotente.

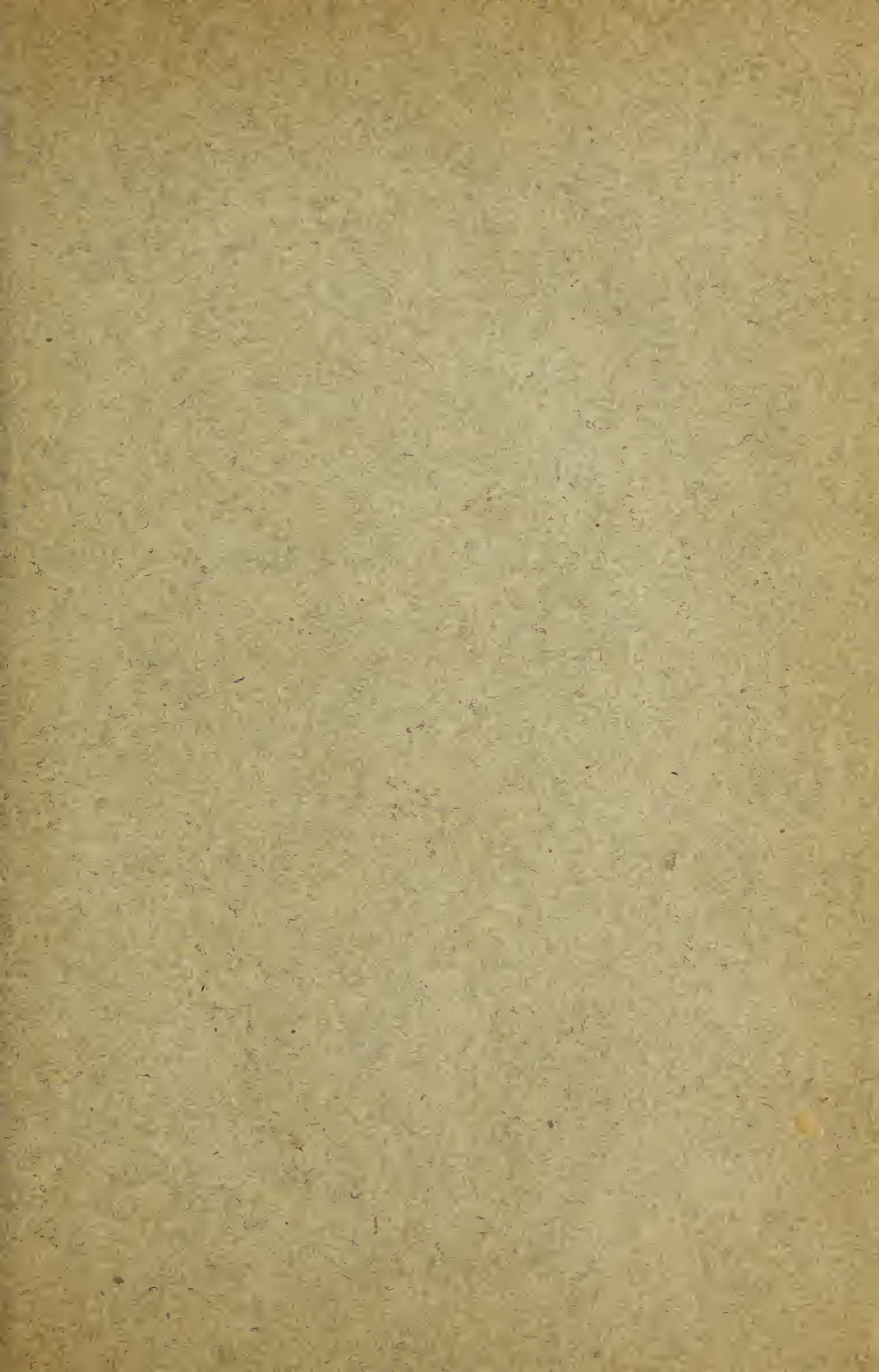
MOR. ¿Se volverá loco?

DOCTOR No, tendrá su razón. ¡Y puede vivir así veinte años! ¡Que castigo!

SRA. SAV. ¡Qué horror! ¿Quién cuidará de él?

MOR. ¡Yol (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA



Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.